

# La mitra y las ínfulas

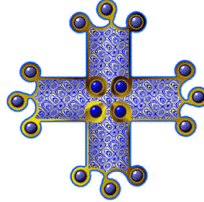
consideraciones sobre el episcopado y  
consejos para ejercer bien esta labor



J.A  
Fortea

Editorial Dos Latidos  
Zaragoza, España, 2010  
Copyright José Antonio Fortea Cucurull  
Publicación en formato electrónico en agosto 2012  
Publicación impresa en mayo 2010 bajo el título *Manual de Obispos  
Pro Episcopis* versión 11  
[www.fortea.ws](http://www.fortea.ws)

# ORATIONES DICENDÆ AB EPISCOPO QUANDO CELEBRAT



## Cum lavat manus dicat:

Da, Dómine, virtútem mánibus meis ad abstergéndam omnem máculam immúndam: ut sine pollutióne mentis et córporis váleam tibi servíre.

## Ad Amictum:

Impóne, Dómine, gáleam salútis in cápite meo ad expugnándas omnes diabólicas fraudes, inimicórum ómnium versútias superándo.

## Ad Albam:

Deálba me, Dómine, et a delícto meo munda me: ut cum his, qui stolas suas dealbavérunt in Sándigine Agni, gáudiis pérfruar sempitérnis.

## Ad Cingulum:

Præcínge me, Dómine, cingulo fídei et virtúte castitátis lumbos meos, et exstíngue in eis humórem libídinis; ut júgiter máneat in me vigor totíus castitátis.

### Cum accipit Crucem pectoralem:

Muníre dignéris me, Dómine Jesu Christe, ab ómnibus insídiis inimicórum ómnium, signo sanctíssimæ Crucis tuæ: ac concédere dignéris mihi, indigno servo tuo, ut, sicut hanc Crucem, Sanctórum tuorum relíquiis refértam, ante pectus meum téneo, sic semper mente retíneam et memoriam passionis et sanctórum victórias Mártyrum.

### Ad Stolum:

Redde mihi, Dómine, obsecro, stolam immortalitátis, quam pérdidi in prævaricatióne primi paréntis: et, quamvis indígnus accédere præsumo ad tuum sacrum mystérium cum hoc ornamento, præsta, ut in eódem in perpétuum mérear lætári.

### Ad Casulam:

Dómine, qui dixísti: Jugum meum suáve est et onus meum leve: præsta, ut illud portáre sic váleam, quod possim conséqui tuam grátiam.

### Ad Mitram:

Mitram, Dómine, et salútis gáleam impóne cápiti meo; ut contra antíqui hostis omniúmque inimicórum meórum insídias inoffénsus evádam.

### Ad Anulum cordis:

Cordis et córporis mei, Dómine, dígitos virtúte decora, et septifórmis Spíritus sanctificatióne circúmnda.







## Prólogo

---

Cuando veo un pontífice, cualquier obispo, sea el que sea, revestido con todos los ornamentos sagrados, con su cabeza coronada por la mitra, las ínfulas cayéndole por la espalda, su brazo sosteniendo el báculo, y en su mano el anillo, entonces la devoción me embarga, porque siento con toda claridad la sacralidad de la que es portador ese ser humano. Esta expresión quizá le parecerá a alguien un exceso retórico, pero es francamente lo que siento.

Aquel ser humano, el obispo revestido de sus ornamentos, se convierte en un espectáculo. El espectáculo de considerar cuánto poder ha dado Dios a su Iglesia. Un poder divino en manos humanas. Un poder más allá de la naturaleza, administrado por pobres seres humanos.

Venero profundísimamente a los obispos. Y este escrito pretende ser una manifestación ardiente de ese amor que les tengo. Estas líneas se han escrito por si a alguno de ellos le pueden servir. Lo que vas a leer nace del amor, ningún otro sentimiento me impulsó a escribir estas líneas. Mi consideración de los obispos está llena de afecto. En nuestra época la inmensa mayoría de los preladados son hombres dignos, entregados al servicio de Dios. Pero el tono de este escrito es el de *La Imitación de Cristo*. Pido disculpas por usar en el texto un tono de voz duro. Pero estoy seguro de que precisamente son los mejores obispos los que más desean que se les hable con la voz que usaron los profetas, y no con una voz dulce y meliflua.

No me considero digno de escribir cómo deben ser los obispos. Mi alma está más necesitada de enseñanza que preparada para dar lecciones a nadie. A pesar de ello si me he animado a escribir estos consejos ha sido porque también Dios usó a la burra de Balaam para dar su mensaje.







## Tu alma

---

Nada vale más que tu alma. Tú vales lo que vale tu alma. Por eso lo primero que debes hacer es ordenar tu vida. Debes levantarte a hora fija, debes orar a horas determinadas. Por nada del mundo debes reducir tu tiempo dedicado a alimentar tu vida espiritual. *Lectio, oratio, silentium, mortificatio* estas son las medicinas de tu alma.

Recuerda que el sometimiento a un horario fijo es ya un *servitium Dei*. Todos los santos tuvieron esa regla de vida.

Pésima costumbre sería que un obispo se saltara algunas horas del rezo del breviario. No hay deber más santo del obispo que el de honrar a Dios. Y honrarlo en su momento. Como escribió el Cardenal Cisneros: *Dios es el primero que ha de ser servido*.

No te olvides que hay hermanos tuyos, obispos, que sirven a la Iglesia como podrían trabajar para una multinacional. No digo que no trabajen, no digo que no dediquen todos sus esfuerzos por el bien de la Iglesia. Lo que digo es que el modo en que lo hacen, no difiere nada del que usarían si trabajaran para un negocio secular. No es el esfuerzo lo que censuro, sino el modo. El modo en que debe trabajar un clérigo, hasta el último diácono de una diócesis, es un modo que le ha de transformar en el *homo novus* del que habla San Pablo.

Hay quienes tienen más interés en hablar de Dios que con Dios. ¿De qué te sirve ganar el mundo para Cristo, si Cristo lo primero que Él ansía es tu alma? Trabaja, trabaja, corre de un lado para otro, desasosíégate, que otros con paz y recogimiento harán mucho más en mucho menos tiempo. Porque no serán ellos los que hablen, sino que será el Espíritu Santo quien hablará a través de ellos.

*Bene curristis, sed extra viam*. Reclina tu cabeza sobre el pecho de Cristo, y todas tus palabras, toda tu labor, se transfigurará. Harás más entonces en un día, que ahora en un año.

Cuanto más tomes sobre ti las armas de la mortificación más resplandecerá en tu rostro Jesús crucificado. Ten voluntad de parecerse a Jesús escarnecido y despreciado, y el Padre te glorificará. Pero si ansías el honor de Cristo, bajo capa de servir a Dios, entonces el Padre tendrá que humillarte *ad docendum te*. Hay pastores muy afanados en enseñar, y nada en aprender. Insisto, hay pastores que irían al otro lado del mundo para hablar de Dios, pero que no recorren el pequeño camino que les separa del sagrario de su capilla privada. Dicen que no tienen tiempo. Hay muchas higueras con hojas, pero los que alimentan son los árboles fructíferos. *Sólo una cosa es necesaria*.

No tienen tiempo para hablar con Dios, pero si les pidieran una conferencia en una prestigiosa universidad en otra nación, seguro que encontrarían el tiempo para ir. Ésa es la tristeza de Jesús. Comienza poco a poco, y el Señor te irá dando gusto por las cosas del espíritu.

El buen obispo siempre tiene tiempo, para dedicar varios días exclusivamente a hablar con Dios y a escucharle en su Palabra, tiempo para pedir perdón y para volver a empezar. El obispo que no tiene tiempo para hacer su retiro anual, muestra que vive fuera de sí, que está derramado en las cosas del mundo. ¿Sabes obispo que hay clérigos en siglos pasados que dedicaban un día al mes como retiro mensual? ¿Y tú no puedes retirarte un poco, como hacía Jesús? No digo cuarenta días, como nos enseñó nuestro Maestro, Aquél a quien debemos imitar. Pero al menos unos pocos días.

Cuando los obispos leen escritos con consejos espirituales, apenas sacan fruto. Porque consideran que aquellos consejos son para otros tiempos. Piensan que son advertencias que les alejarían de la gente, piensan que son consejos para obispos-monjes. Sin embargo, la santidad comenzará cuando comiences a practicar esos consejos de aquellos hombres de Dios como dados para ti solo. Cuando quieras cumplir no sólo el espíritu de lo que allí se dice, sino también la letra. Lo mismo que cuando enseñas quieres que el que te escucha se deje enseñar, así también tú déjate enseñar.



## Humildad

---

Lo malo de ser obispo es que ya nadie se atreve a decirte las cosas malas que ven en ti. Todos los obispos, hasta los peores, no hacen otra cosa que recibir alabanzas. De ahí que hasta los pésimos suelen estar convencidos de su propia valía. Por eso, en el oficio de obispo hay que hacer el firme propósito de no creer nada bueno de lo que el clero y los fieles digan de uno. Y, por el contrario, fijarse muy atentamente en lo poco malo que llegue a los oídos de uno, tratando de buscar qué hay de verdad en ello.

Lo ideal es encontrar a un hombre verdaderamente de Dios, y encargarle que regularmente le haga saber todo aquello que de malo viere en él, por muy pequeño que sea. Y el obispo debe aceptar lo que le diga, porque al cabo de varios meses se sentirá tentado a pensar que sus críticas no pueden pesar tanto como las alabanzas de todos los demás. Cada David necesita su Samuel.

El oficio de obispo debería ser desempeñado por un ángel. *O munus mirabilis*. Estar siempre rodeado de veneración, ocupar siempre el primer puesto, sentarse siempre en la presidencia, ser recibido con una sonrisa, con las máximas muestras de amabilidad y ser siempre obedecido, alberga sus riesgos. Cuando uno comienza a desempeñar el cargo es consciente de que aquel honor se le infiere no por ser el, sino por tener sobre sí el *munus*. Sin embargo, con el pasar de los años (y sobre todo hacia el final de la vida), insensiblemente y de un modo inconsciente se tiende a pensar que aquella veneración es debida a las cualidades que uno ostenta.

Qué difícil es encontrar un obispo que no se considere a sí mismo como un gran prelado. Y sin embargo, dice en cada Misa, *conmigo, indigno siervo*. ¿Pero lo dices de corazón o son meras palabras? Si lo dice uno de corazón, ¿por qué reaccionas con agresividad cada vez que te consta que alguien en el seno de su corazón te considera un siervo indigno?

Pronto uno olvida el don inmerecido, y se apropia del honor anejo. Servidor, criado, siervo inútil, mal administrador. Cuántas veces has abandonado a tu Maestro en el Huerto de los Olivos.

Tú, *servus Dei, angelus Dei, diaconus ecclesiae*, humíllate salvo que estés seguro de que en ti no anida algo de soberbia. Pero si eres lo que Dios quiere que seas, entonces el Señor te dirá en el tiempo que ha de venir *ven, siervo bueno y fiel*, y en el tiempo presente *benditos los pies del que anuncia la Buena Nueva*. Pero ten cuidado algún día delante de

todos sus ángeles no te diga *ven*, sino que con tristeza te diga *espera hasta ser purificado durante largos y penosos años*. Humíllate, humíllate ahora que lees estas líneas.

Jesús primero le preguntó a Pedro: *¿Me amas más que estos?* (Jn 21, 15-17). Porque el que preside a los que aman a Dios, debería ser el que más amara. La primacía en la Iglesia debería estar basada en el amor, no en otras cosas. Ciertamente no siempre el que más ama es el más prudente. Pero normalmente el alma inflamada en el amor de Dios, el alma consumada en la escuela del Espíritu Santo, será prudente también. Porque la acción del Espíritu Santo lleva a la prudencia, como una virtud más.

Pero Jesús, al final, le pregunta *¿me quieres?* Es como si se conformara con que al menos le quisiera. Si los pastores no son los que más me aman, al menos que le quieran un poco. Eso es lo que diría Jesús conformándose con nuestra debilidad.



## Suaviter et fortiter

---

Un obispo ha de ser *suave como el terciopelo* y *fuerte como el acero*. Unas veces ha de ser lo uno, y otras lo otro. Suave con el pecador que vuelve a casa arrepentido. Fuerte, duro e irreductible con el pecador impenitente que públicamente hace daño en la casa de Dios.

En general, los malos pastores son suaves con aquellos con los que no deberían serlo y -más veces de las que creen- duros y estrictos con las buenas ovejas. En general, se puede formular la siguiente ley: cuanto uno es más estricto consigo mismo lo es menos con los demás, en la medida en que uno es más indulgente consigo mismo lo es menos con los demás. En la misma medida en que uno obedece menos las normas de la Iglesia, en esa misma medida suele imponer a su rebaño una obediencia más onerosa según sus propias normas. Los obispos menos respetuosos con la libertad de sus fieles y clérigos han sido aquellos que menos les ha importado el Código de Derecho Canónico. Ese tipo de obispos siempre han gustado de ver a su rebaño como algo que había que unificar a imagen de su propia eclesiología o de su propia pastoral. Sin embargo, la Iglesia es un jardín donde crecen todo tipo de flores y plantas suscitadas por el Espíritu Santo. La pluralidad y la diversidad siempre son vistas por ellos como algo peligroso y disgregador de ese rebaño que quieren unido (a su propia imagen y semejanza).

Los malos pastores leen la Palabra de Dios y creen que les corrobora en su actuar. Y es que para que la Sagrada Escritura aproveche, es necesario ponerse en la mala parte, considerar que uno es el fariseo, el idólatra, el leproso, el ciego, el cojo, el sordo, y en definitiva, el pecador necesitado de redención. Cuando leas la Palabra piensa que tú eres Anás, Pilatos, Judas, Simón el mago. Piensa que eres pobre, que estás desnudo y que andas en la ceguera.



## La santificación del obispo

---

El obispo más que nadie debería estar dotado de una sabiduría celestial. Ante todo tiene que ser un ejemplo de prudencia. Pero también debería ser un oráculo de la ciencia de Dios y un modelo de configuración con Cristo.

La primera diócesis que debe regir un obispo es su propia alma. Y si ganaras medio mundo para Cristo pero murieras en pecado mortal, yo te aseguro que no entrarías en el Reino de los Cielos. Debe ser tremendo haber estado toda la vida predicando el Reino de los Cielos para no poder entrar en por sus puertas.

¡Obispos, temed por vuestra salvación! Si Dios dijo a través del primer pontífice, *vix iustus salvatur* (I Pe 4, 18), cuanto más habrás de temer cuanto más alto te halles. El cura de Ars decía: *qué terrible cosa será comparecer ante el juicio de Dios habiendo sido párroco*. Fomenta un saludable temor de Dios. Señor, dame temor de Dios,

El temor de Dios hace prudente al irresponsable, y al necio le hace buscar la tabla de salvación que es la ciencia divina. Temed a Dios y todas vuestras obras quedarán impregnadas de mayor humildad.



## La labor cotidiana

---

Las audiencias no son una generosa gracia del obispo a sus sacerdotes: son su trabajo. Si el obispo tiene que no recibir a ningún laico para poder atender a sus sacerdotes, hágalo con tranquilidad. Los fieles pueden ser atendidos por los presbíteros. Pero si el obispo no tiene tiempo para recibir a sus sacerdotes, ¿quién los atenderá?

No conviene que las audiencias tengan que prolongarse más allá de lo conveniente. Existe un arte de poner fin a las entrevistas sin que se sienta ofendido aquél a quien recibes.

Recuerde el obispo que un párroco es verdadera y auténticamente pastor. Y que lo que no te gustaría que te hiciera a ti el Papa, no lo hagas a uno de tus sacerdotes. Un párroco no es un delegado del obispo. El obispo no puede llegar a la parroquia como si él fuese el pastor, y el sacerdote fuese un mero delegado que atiende esa comunidad en sus ausencias, hasta que llega él. Esa visión es incorrecta. El párroco es verdadero pastor de esas ovejas. Él las atiende día a día, las escucha, las consuela, les da a comer alimentos espirituales. El obispo, cuando visita esa comunidad, es recibido con gran respeto. Pero el amor es para el padre que allí está día tras día. Por eso el obispo debe esforzarse en mostrar el máximo respeto a los pastores que están bajo él.

Es tristísimo y digno de ser llorado cuando en la intimidad, en un despacho, en una comida, un obispo habla mal de un sacerdote. Ya es triste la murmuración en cualquier persona, pero muchísimo más en la boca de obispo, que debería ser su padre. Es cierto que, a veces, un obispo tiene obligación de comentar lo que se hace mal. Pero las ocasiones en que el ejercicio del gobierno obliga a ello, son nítidas y no dejan lugar a dudas. Desgraciadamente, junto a esas ocasiones, hay muchas veces en las que no había ninguna razón para ello, y fue un mero murmurar por murmurar.

Más triste todavía, si nunca le has advertido a ese sacerdote de lo que crees que hace mal, y sin embargo le criticas a sus espaldas. La murmuración es murmuración aunque se haga con una sola persona de tu confianza en una agradable sobremesa.

Cuántos sacerdotes no han podido defenderse, dar su versión de los hechos, porque nunca nadie se lo ha pedido. Cuando se enteran de que el obispo pensaba mal de ellos desde hacía mucho tiempo, el efecto es devastador. Sé de celosos sacerdotes jóvenes que han caído totalmente en el desánimo, cuando después se han enterado de esta situación por terceros.

Obispo, recuerda, cuánto daño puedes hacer con la lengua.



## El arte de gobernar

---

Obispo bueno que Dios te ha puesto a gobernar una diócesis peculiar donde abundan los pastores débiles, o incluso tal vez los malos pastores, grave tarea te ha encargado Jesús. ¿Qué hacer? Lo primero de todo debes saber que nada en este mundo puede ser mudado de golpe. La primera tarea es rodearse de los hombres más prudentes y santos que uno pueda encontrar para aconsejarte.

Lo ideal sería colocar en los puestos clave a esos clérigos prudentes y santos. Pero hay diócesis en las que la desobediencia ha creado un ambiente tal, que eso no será posible. Por eso bastará con rodearse de esos sacerdotes para recibir consejo, informarse, y poner en común los planes para regenerar la diócesis, pero sin colocar a esos clérigos íntegros y ortodoxos en los puestos de gobierno.

Muy a menudo, en diócesis muy enfermas, habrá que colocar en puestos clave a sacerdotes no adecuados. Con la idea de que el tiempo vaya cambiando las cosas. Escuchar a esos sacerdotes mundanos te dará una idea clara de cómo reaccionará el clero de la diócesis ante cada medida que vayas tomando. Será prudente escucharlos.

Y, muy a menudo, será conveniente hacerles caso, y no hacer aquello que radicalmente te digan que no lo hagas. Pues si ellos reaccionan así, probablemente así reaccionará el resto. Los mejores cambios, son aquellos que se realizan insensiblemente. Si la diócesis está muy enferma, no te sientas mal por dejar pasar el tiempo. La victoria es para el que sabe esperar y resistir. Pues en rebaños muy enfermos hay que resistir desaires y faltas de respeto. Cuando vayas, alguna vez, a estallar, piensa que ese desaire se produjo precisamente porque están enfermos. Y porque están enfermos, debes resistir. Cuanto más enfermo está el clero de una diócesis, más necesario se hace tener un rostro de pedernal.

Hay situaciones que sólo las arregla el seminario y el cementerio. La política ha de ser exigir poco, pero lo poco que se exija dejar bien claro que bajo ningún aspecto se habrá de ceder. Lo siguiente que hay que tener claro es que cuando todo el clero es desobediente, no se puede castigar a todo el clero. Por eso el obispo ha de elegir entre las cabezas más claras del pecado. Aquellos casos más escandalosos han de ser la diana de toda su furia, sin excluir el llegar a la misma excomunión. Los rayos han de caer sólo sobre los árboles más altos. Ni siquiera la reprensión debe caer nunca sobre todo el bosque. El obispo que recién llegado a una diócesis, riñe a su clero en general, está socavando sus propios cimientos.

A veces ni el mejor gobierno del mejor obispo da resultado. Los seres humanos son libres y pueden resistir a todo el amor del mundo. El Sanedrín resistió al mismo amor infinito de Jesucristo.



Cuando un obispo se ufana de lo bien que le van las cosas, lo achaca a su arte de gobernar. Cristo no pudo ufanarse en esa materia. Cuando las cosas salen bien pensamos que fue por nosotros, cuando todo se pone en nuestra contra, los culpables son los demás. Si todo va bien el mérito es mío. Si mal, la culpa de ellos. Sí, obispo, no eres nada, sólo Jesucristo te sostiene. Si te deja caer, verías lo que puedes por ti mismo. A Él toda la gloria. *A nadie cedo mi gloria* (Is 48, 11).

El obispo debe recordar que al aceptar su misión de sucesión apostólica tomó sobre sí no solo el deber de representar a Cristo/amor, sino también a Cristo/juez. Si el obispo no reprende, ¿quién reprenderá? Y, alguna vez, esa reprensión debe ser ejemplar, solemne. La excomunión es un acto sagrado, un acto de potestad sagrada desatando a un alma de la comunión espiritual.

El obispo no puede ampararse en decir: ya juzgará Dios. Porque si las acciones internas sólo Dios puede juzgarlas, los escándalos externos no solo puede sino que debe juzgarlas aquel que en la Casa de Dios tiene la misión de ser el supervisor (episcopos). Si tú no juzgas al que se ha convertido en corrupción del rebaño, Dios te juzgará a ti.

El obispo está puesto para cuidar de la Casa de Dios. Duro es llevar sobre las espaldas el honor de Dios. Ojalá que el celo de Dios te consuma.

Esto último lo he escrito para llenar de celo al que es prudente según el juicio de los hombres. Sin embargo, para el que está lleno de celo hay que recordarle lo contrario: que el tiempo suele arreglar más cosas de las que imaginamos. *Todo o nada, aquí y ahora*, es el mejor modo de arruinar aun lo que estaba en pie. *Gradatim et non per saltum*.

Leyendo la Escritura verás que la Infinita Prudencia y el Infinito Celo, ambos en un mismo Ser, operan casi siempre poco a poco, incluso en la creación material obraron de este modo.

Como se ve, hay obispos que lo que necesitan es prudencia más que celo, y obispos que necesitan que tengan un poco más de prisa en hacer lo que deben hacer. Cada uno puede ver la velocidad que es más adecuada para llegar al destino, sin embargo hay velocidades con las que nunca se llega al destino.



## Las penas canónicas

---

El obispo hay ocasiones en que debe imponer penas a los sacerdotes que hayan transgredido consciente, deliberadamente y públicamente los sagrados cánones. Por ejemplo, si un sacerdote ha denigrado en televisión a su obispo, o si ha fomentado abiertamente la desobediencia entre sus hermanos sacerdotes, o si es conocido del pueblo fiel que ha robado. En estos casos no basta con que el sacerdote pida perdón al obispo y ya está. La triste experiencia de los últimos años es que los presbíteros han podido quebrantar cualquier ley sagrada y, como mucho, la única pena que se les ha impuesto ha sido la orden de que no sigan haciendo. No ha sido ésa la práctica de la Iglesia en tiempos pasados. Toda sociedad precisa de disciplina para mantenerse.

Si el obispo quiere mostrar que el *ordo Ecclesiae* no puede quebrantarse sin que en la Casa de Dios haya una *iustitia*, debe imponer una pena. Si se prueba que un sacerdote ha sustraído dinero no basta con que pida perdón, se confiese y ya está. A ese sacerdote se le puede imponer, por ejemplo, el que esté recluido en un monasterio durante un mes. Y el dinero deberá ser descontado de su sueldo mes a mes, hasta completar la cantidad que se llevó.

Para otros delitos gravísimos puede imponer el trabajar únicamente en labores de oficina en el obispado, alejado de cualquier trabajo pastoral, y la imposición de tener que vivir en la rectoría de algún sacerdote ejemplar.

Penas de tanto rigor pueden no tener que ser aplicadas nunca, pero es bueno recordarlas para que si llega el caso no tiemble la mano episcopal al imponerlas.



## La obediencia

---

El obispo ejerce su autoridad sobre hombres libres que entregaron su vida al servicio del Señor. Hombres que trabajan en la Iglesia de Dios no por dinero, sino por amor y con sacrificio. No se trata de la misma manera a un empleado al que le contrato sólo por dinero, que a alguien que me ayuda desinteresadamente, aunque reciba un sueldo para cubrir sus necesidades. Pero ese sueldo no identifica esa relación como la relación entre un empleado y su contratante. La relación es más como la de un padre y su hijo.

Una y otra vez el obispo debe repetirse a sí mismo: ejerzo mi mando sobre presbíteros entre los cuales hay quienes valen más que yo. Ay del obispo que considere que él es el más prudente de la diócesis. Ay del que piense que le han escogido por alguna cualidad notable que posee. No olvides que hay obispos que lo son, por causa de una errada decisión de los que tuvieron poder para tomar las decisiones. ¿Hay obispos que no están dotados de ni una sola cualidad notable y ejemplar? Sin duda.

Irónicamente, los mejores obispos siempre se consideraron indignos. Los peores preladados siempre estuvieron convencidos de poseer grandes cualidades. Muy a menudo consideraron que fue la de saber gobernar. Muchos como no se ven ni sabios, ni ascetas, se convencen de que están situados donde están por esa cualidad: el arte de gobernar. Algunos, más osados, añaden el don de la palabra (nunca han preguntado a los demás qué piensan de sus sermones), otros sí que se consideran sabios a sí mismos (por el simple hecho de haber ejercido la docencia), algunos añaden a sus virtudes la característica de *mi gran humanidad*. Considerando esto último como un cierto tipo de santidad no ascética, de cuya altura ellos mismos quizá no sean enteramente conscientes. Algunos de un modo más inconscientemente se consuelan pensando: cuando falte me van a echar mucho de menos. El Tentador con algunos saca gran beneficio tratando que se les haga agua la boca pensando en los elogios que se dirán de él cuando muera. Señor, ábreme mis ojos a mis propios defectos.

Hay que recordar también que los presbíteros no son servidores del obispo: están al servicio de Dios bajo obediencia del obispo; no es lo mismo. El obispo debe tratar al párroco con la misma exquisita delicadeza con que el Papa trata a los obispos.

En ocasiones, el que manda recuerda al que obedece que él tiene la gracia de estado. Pero la gracia de estado sólo significa que cuando Dios otorga a alguien una misión en la Iglesia, le da al mismo tiempo las gracias convenientes para desempeñar bien esa misión. La gracia de estado no implica necesariamente que cuando un miembro de la jerarquía toma una decisión tenga una iluminación inconsciente de parte de Dios. Muy por el contrario, nada impide que el súbdito laico esté más iluminado por parte de Dios, que el que ejerce un oficio

jerárquico. En principio y como norma general, el hombre más santo tiene más contacto con Dios y por tanto goza de más luz para comprender un problema eclesial y encontrar soluciones a él. Pero incluso el místico debe obedecer a la jerarquía.

He escuchado en muchas ocasiones razonamientos que venían a decir que algo era lo mejor porque así lo había dispuesto el obispo. Las decisiones no son las mejores porque el obispo así lo haya determinado. Las disposiciones son mejores o peores, según estén de acuerdo o no a la razón, pero no por el mero hecho de que sean una decisión episcopal.

El hombre justo es obediente, mas no servil. Obedecerá siempre, pero sabe en el seno de su conciencia que las determinaciones episcopales unas veces son mejores, otras no tanto, a veces incluso son perjudiciales. Gran mérito tiene el hombre espiritual que con toda claridad inclina su cabeza a una orden cuyos dañinos resultados no se le ocultan. Gran mérito tendrá el que se sometió externa e internamente, sin murmurar, con pena pero con amor, al imperio de un obispo.

No obstante, un fiel puede sentir que tiene el deber de insistir ante la jerarquía. Está en su derecho, pero nunca debe criticar. La crítica siempre hace daño a la Iglesia, siempre debilita los lazos invisibles de obediencia que unen a las ovejas con su pastor. Por eso la murmuración jamás es constructiva. La lucha por lograr aquello que uno cree que es lo que le pide Dios, debe hacerse por los cauces legítimos: o hablando ante los superiores del obispo que ha tomado la decisión, o hablando exclusivamente con los sacerdotes adecuados que puedan hacer reconsiderar su posición al obispo. Estos cauces son los legítimos, Dios no bendice al que trabaja fuera de ellos. Y al final lo que da éxito a cualquier trabajo apostólico es la bendición divina.

He escuchado a algunos sacerdotes la afirmación de que *todo debe pasar por el obispo*. Esta afirmación es tan ambigua como falsa. Indudablemente el obispo puede juzgar acerca de todo, el obispo tiene potestad para permitir y potestad para prohibir, pero no todos los apostolados deben ser expresamente autorizados por el pastor. Cualquier fiel puede hacer, sólo con otros fieles, los apostolados que deseen. El obispo podrá intervenir si lo ve conveniente. Pero en la Iglesia todo lo que no está prohibido, está permitido. En la Iglesia sólo se requiere autorización expresa para aquello que el Código de Derecho Canónico exige.



## La excomunión

---

No hace falta decir que la excomunión es una medida que debe usarse con muchísima moderación y prudencia. Nada exasperará más a un clero rebelde, que el uso de esta medida. La excomunión es útil para individuos, pero totalmente contraproducente, hoy día, en situaciones de clero rebelde. Sería como aplicar las espuelas sobre los costados de un caballo a punto de desbocarse. La excomunión es una enseñanza para toda la comunidad, cuando se aplica sobre un individuo que verdaderamente se ha destacado en la pertinacia. Es útil cuando existe una situación de confusión en una diócesis. En esos casos, la excomunión deja rotundamente claras las cosas.

Pero la excomunión nunca se debe lanzar contra más allá de una persona o muy pocas. Contra grupos extensos, no tendría efecto y la excomunión se devaluaría ante los ojos de los fieles. Esto es válido también para la situación de una diócesis con muchos clérigos desobedientes. En esos casos de desobediencia generalizada, una excomunión sólo tendría el efecto aglutinar. Sería como el sonido de un cuerno de caza, que serviría para cohesionar, para llevar más lejos al grupo de clérigos.

Puede parecer irónico, pero la excomunión tiene mayor efecto desde una situación de fuerza, es decir, de prestigio en la diócesis, cuando se obedece. Pero tiene poco efecto en una situación en la que el obispo es cuestionado. Es en esas situaciones cuando menos se debe usar.

La excomunión se debe aplicar con cuentagotas sobre personas individuales, porque excomulgar a grupos enteros de personas, supone diluir su carácter ejemplarizante.

La excomunión es un juicio sobre una conducta externa. Y sobre una conducta externa pertinaz. Es decir, siempre se debe infligir esta pena tras reiteradas llamadas a la obediencia. Si la excomunión se fulminara contra alguien sin advertirle previamente de que si no obedece se le va a excomulgar, sería una pena injusta. La excomunión es un último recurso para lograr la obediencia. Jamás es un castigo por algo cometido y de lo cual uno ya se ha arrepentido.

No hace falta insistir en el perjuicio gravísimo que provocaría un obispo, si aplicase esta pena equivocadamente: como un castigo respecto a algo pasado, o sobre una materia dudosa de si puede ser objeto de una orden episcopal, o sin haber advertido previamente al interesado. Una excomunión injusta es uno de los mayores errores que puede cometer un obispo.

Si alguna vez alguien completamente inocente se encontrase con que ha sido excomulgado, debería recurrir ante la Santa Sede. Quedándose tranquilo el excomulgado por algo que sería completamente externo a su alma. Tal censura canónica no supondría ni el más leve desdoro para su alma. Siendo una prueba que debería soportar con resignación. Sometiéndose externamente, aun sabiendo internamente que es completamente inocente.

Sin embargo, si esta pena se imparte de modo justo, entonces el obispo se convierte en la *Vox Dei*. En cierto modo, la excomunión de un fiel indigno y pertinaz en la desobediencia, es la voz del Buen Pastor que trueno diciendo: no te conozco. La excomunión es una fulminación, del latín *fulmen*, rayo.

Cuando un obispo excomulga justamente, es Dios quien excomulga: *quien a vosotros escucha, a mí me escucha. Y lo que ataréis en la tierra, será atado en el Cielo.*

No existe un rito de excomunión. Basta con que el obispo se lo comunique a través de alguien al interesado y se comunique a la comunidad.

En cierto modo, excomulgar es alejar para atraer. Es hacer comprender a un alma, lo lejos que está de la enseñanza de Nuestro Redentor, para que, recapacitando, se vuelva a acercar. La excomunión es, usando la comparación paulina, entregar a Satanás para que el remordimiento embargue al siervo infiel y lleno del ardor del arrepentimiento corra de nuevo al buen redil. Es arrojar a alguien fuera del campamento del Pueblo Elegido para que el arrojado recapacite y pida con ruegos junto a la puerta, ser de nuevo admitido.



## El seminario

---

Respecto a los candidatos al sacerdocio nunca actúes con ligereza. La vocación es un don de Dios, no una concesión episcopal sujeta a la mera voluntad arbitraria del Ordinario. Por lo tanto, si alguien se siente llamado al estado clerical, únicamente se le debe negar el don sacramental si existe un impedimento canónico. Es decir, sólo una razón clara, objetiva y segura puede ser razón para negarle a alguien las sagradas órdenes.

El Obispo puede tomarse los años que hagan falta para llegar a una seguridad acerca de la idoneidad del candidato. Pero tanto el sí como el no, deben pronunciarse sólo al llegar a esa seguridad. Ni se debe ordenar a alguien con dudas, ni se debe negar la ordenación por razones insuficientes. Por otro lado, San Alfonso María de Liguori decía que jamás ordenaría a nadie que, al menos, no haya comenzado el camino de perfección.

*Quid venisti ad religionem?* Esa es la cuestión que le debe quedar clara al obispo después de hablar con alguien que le pide el sacerdocio. Al sacerdocio se viene a obedecer, a seguir a Cristo pobre y a llevar una vida angélica. El resto de cosas que integran lo específico del sacerdocio secular se hundirán si no están sostenidas por estos pilares del estado de consagración.

Es muy importante que en el seminario la entrega al Señor sea total y perfecta, porque la experiencia muestra que los sacerdotes suelen continuar el resto de su vida sacerdotal con el nivel de entrega con el que salieron del seminario. Lo usual es que continúan como salieron o incluso descienden unos grados en el fervor. Pero que mejoren con el paso de los años, sólo ocurre en pocos casos. Desgraciadamente, el fervor de la primera entrega, en muchos casos se enfría. Si el seminarista ya en el seminario es comodón, murmurador, poco trabajador, mundano y no muy espiritual, eso no lo arreglará el tiempo. Por el contrario, una vez perdido el entusiasmo inicial de los primeros años, los defectos se agudizarán. Por eso si no se ve claramente celo, es mejor encauzar a ese seminarista hacia otros ámbitos profesionales. Esto es muy importante, si no se ve celo en un seminarista, es mejor disuadirle de la idea del sacerdocio.



## La castidad de los candidatos al sacerdocio

---

Una duda muy frecuente que se puede plantear, es si alguien que se masturba de vez en cuando, puede ser ordenado sacerdote. Voy a hablar con extrema claridad, ya que responder a esta pregunta puede resolver muchas dudas personales que atenazan a algunos seminaristas que se preguntan si son aptos o no de las sagradas órdenes. Creo que la claridad y concreción despejarán los tormentos personales que algunos pueden sufrir acerca de este campo.

Hay que distinguir entre lo que son caídas esporádicas y un vicio. Nadie puede ser ordenado con un vicio, ni de impureza, ni de bebida, ni de otro tipo. Sea del tipo que sea un vicio, no es compatible con la pureza del alma precisa para acceder a las órdenes sagradas. Jamás se debe decir: me ordeno ahora, y ya lucharé en el futuro contra este vicio. El vicio debe ser desarraigado antes, para eso están los años del seminario.

El pecado de masturbación si se produce dos, tres o cuatro veces al año, no deja de ser una caída esporádica. No podríamos hablar de un vicio en ese caso. Incluso, por usar un número bíblico, si se produjeran siete caídas al año, seguiría sin ser un vicio. Pero, en mi opinión, ése es el número máximo. El año es una unidad natural, y siete es un número que indica plenitud. Más allá de ese número de caídas, el seminarista se adentra en un espacio de cada vez mayor peligro de no ser fiel en las promesas.

¿Puede caminar hacia el sacerdocio alguien cuyas caídas son superiores a ese número? La respuesta tajante es sí. Simplemente, el peligro será mayor. Lo que sí que está claro es que no puede ser ordenado un seminarista que se masturbara cada semana. Ordenarse en esa situación, es abocarse al desastre. El vicio se le escapará de las manos. Si en un lugar tan adecuado para la castidad como un seminario, que es como una burbuja de oración, buen ejemplo y entrega a Dios, hubiera tantos pecados. Cuando fuera ordenado y se viera solo en una parroquia, la tensión, el cansancio, la soledad de la casa parroquial, haría que el número de pecados se disparara, hasta desmoralizado no confesarlos y vivir en pecado permanente.

Por tanto, hay que explicar a los superiores del seminario que la castidad de los candidatos al sacerdocio hay que lograrla antes de la ordenación. Al seminarista que no logre la victoria durante el primer año, concédasele un segundo año. Pero nunca más allá. El que no es plenamente casto antes de la ordenación, después de ésta comprobará como sus tentaciones son mucho peores.

Si hubiera un pecado de masturbación, por ejemplo, una vez al mes, ésa es una situación de inestabilidad. En esa tesitura, uno puede tanto vencer completamente como caer



más profundamente. En esa situación de inestabilidad, se hace preciso inclinar la balanza a un lado o a otro. Como se ve, en los extremos está claro si el candidato puede continuar hacia las órdenes o no debe continuar. Los extremos son claros, pues nos muestran la seguridad o la inseguridad. En medio, hay un amplio espacio en el que en la medida en que nos desplazamos a un extremo u otro, hay mayor certidumbre o incertidumbre. Será labor del director espiritual aconsejar con sabiduría. No siempre es mejor lo más riguroso. Pero varias caídas al mes no permiten ser muy optimistas respecto a la fortaleza futura del seminarista.

Lo que no puede suceder es que los cinco años del seminario, se transformen en un continuo intento por lograr la castidad. Si el vicio existe, es preferible a los dos años encauzarle hacia el matrimonio, a seguir prolongando los intentos de lograr la virtud durante el seminario, y después en el sacerdocio. De ese modo, seguiría luchando por esa virtud toda la vida. Y probablemente abandone la lucha al cabo de unos pocos años de ordenado. Es mejor ordenar menos sacerdotes pero puros, que más sacerdotes-funcionarios de entre los cuales surgirán sonoros escándalos. Los sacerdotes-funcionarios no construyen la Iglesia. Por el contrario, sus escándalos desmoronan partes de ella. Es preferible que los fieles tengan que hacer un camino más largo para conseguir misa, que enviar a un hombre impuro con el poder de los sacramentos.

Si las pautas anteriores se aplican el pecado de la masturbación, cuánto más vigilantes se debe ser si se ha producido el pecado de un seminarista con una mujer. El pecado con una mujer refleja una voluntad mucho más proclive al pecado. Es signo de que ese candidato al sacerdocio ha avanzado mucho más en el camino de la lujuria. Aun así, si se ve que el seminarista está completa y sinceramente arrepentido, se le podrá ordenar si mantiene la castidad durante dos años. Pero una vez que se ha producido una caída de ese tipo, deben pasar dos años. Estos dos años no son un castigo, sino una necesidad del mismo seminarista para ver si ha expulsado de sí todo tóxico de lujuria de su sangre.

Si el pecado con una mujer se produjera durante el año de pastoral o durante el diaconado, prolónguese el tiempo de espera. Fácilmente se hará sin que se note excesivamente. En muchos casos, bastará prolongar medio año más el tiempo de pastoral y (si se ve buena voluntad y éxito en la virtud) ordenándolo de diácono pero prolongando medio año más al año de diaconado.

En el caso de la homosexualidad hay que tener mucho más cuidado. Se puede ordenar a una persona con esa tendencia, pero se deben aplicar los mismos criterios antes expuestos, sólo que redoblada vigilancia. Porque la tendencia homosexual suele provocar una pasión más difícil de contener. A los homosexuales les es más arduo mantener la castidad. Pero basta con aplicar los criterios ya expuestos.

Si una persona sintiera impulsos pedófilos fuertes, habrá que desaconsejarle totalmente el que siga adelante en el camino hacia el sacerdocio. Pues trabajará con niños. Si el impulso fuera débil y claramente se viera que está enteramente controlado, se podría acceder al sacerdocio. Pero con este tipo de personas hay que estar seguros. En caso de duda acerca de la posibilidad de controlarlo, es preferible siempre abandonar el seminario.

Con unas pautas tan claras, confío en que las dudas, que tanto pueden turbar las conciencias de algunos seminaristas, queden resueltas. Pues sólo ellos saben si cumplen o no

con los Mandamientos. Por lo tanto, si estas pautas son conocidas por ellos, ellos mismos sabrán si deben o no continuar hacia delante.

En estos temas hay que distinguir entre el ámbito de la confesión y la dirección espiritual por un lado, y la valoración del trabajo, la personalidad y todo lo externo, por otro. El formador debe juzgar de lo externo sin meter su mano más allá de la puerta de la conciencia. Deben hablar de todo lo externo, sin invadir el ámbito que no es el suyo. Pero el seminarista debe conocer con toda claridad estas pautas, para él mismo apartarse si comprueba su carácter no apto para llevar una vida angélica.

Siempre, siempre, es preferible distinguir el ámbito de la conciencia del ámbito de lo externo. Nunca viene ningún problema de trazar una línea nítida entre la misión del formador y la del director espiritual. Por el contrario, siempre produce problemas mezclar ambos campos. El confesor otorga el perdón. El formador tiene que formarse un juicio.

El formador no es un director espiritual. Hay que distinguir por un lado entre la tarea de los confesores y directores espirituales, y por otro la tarea del rector y los formadores. Distinción tan simple como distinguir lo interno de lo externo, lo oculto de lo público.

En algunos seminarios e incluso casas de religiosos, esta separación no existe y se mezcla el gobierno con la dirección espiritual. Esta mezcla funciona bien, mientras todo va bien. Pero funciona mal, cuando hay problemas. Cuando el superior-confesor es un hombre santo, y el súbdito-dirigido es otro santo, no hay problema alguno. Pero cuando uno de los dos no lo es, comienzan los conflictos entre los dos campos.



## Aspectos menores del seminario

---

Explica a los formadores del seminario acerca de la importancia de valorar la vestidura clerical. El que los seminaristas vistan clericalmente dentro del edificio del seminario, da un tono de disciplina y espiritualidad a la casa.

Y recuerda, obispo, que sigues siendo diácono. Cuando hables con el más joven de los seminaristas recuerda que eres su servidor. No eres señor, sino criado. El primero de los criados, pero criado. Considerarse superior y al resto como sirvientes, es un peligro muy cierto cuando se llevan más de veinte años ejerciendo el episcopado. En la Casa de Dios todos somos conservos del único Señor.

Que el obispo jamás debe nombrar como rector a alguien de cuya valía tenga dudas. Para otros cargos, aun se puede permitir la ley del mal menor. Pero jamás para el nombramiento de rector. El obispo, al elegir a un rector, se hace responsable de sus actos. El obispo, en el acto de elegir a un rector, decide quién tendrá en sus manos el destino de muchas existencias humanas, decide al que tendrá el encargo de discernir cuál es la voluntad de Dios. Sin ningún género de duda, el obispo es el responsable último de las decisiones del rector. Sobre la conciencia del obispo pesará el haber negado el sacerdocio a quien Dios le dio vocación. Y el haber entregado el don sagrado a quien jamás debió tenerlo. Es preferible no tener seminario a tener una fábrica de pecadores.

Como ya se ha dicho, empléese el tiempo que sea necesario para discernir una vocación. Pero si después de poner todos los medios, después de buscar varias opiniones, la falta de certeza persistiera en algún caso, bastan las dudas para denegar el sacramento del orden. Nadie debe ser ordenado si las dudas subsisten después de un tiempo razonable de búsqueda de la verdad de Dios acerca de esa persona.

Es suficiente para no ordenar a alguien, como diácono o como presbítero, el orgullo, la falta continuada de obediencia en las cosas pequeñas, la inclinación al alcohol, la murmuración si es un vicio continuado. Cualquier defecto razonablemente aumentará tras la ordenación. No hay que ordenar sólo a los santos. Pero uno sabe cuando un defecto va a ser o no un serio obstáculo para el desempeño de la función sacerdotal. Nadie puede ser ordenado con dudas. Se le hace un terrible mal al sujeto. Las grietas de hoy, serán los derrumbes de mañana.

En cuanto a las dudas de los seminaristas acerca de la vocación, hay que distinguir entre la duda puntual, por intensa y desgarradora que sea, y la duda persistente. La duda puntual la puede sufrir el más santo de los seminaristas y por más fuerte que sea su llamada por parte de Dios. Pero un formador no puede empujar hacia el sacerdocio al seminarista que sufre una duda que persiste durante meses. Al final, hay que decirle que sea el seminarista el que tome una decisión. De ningún modo, el formador puede decirle que resista y resista.



## Consejos sobre temas variados

---

El obispo más que nadie debe tener presencia de Dios. En medio de los trabajos propios de su estado, en su corazón debería estar adorando a Dios. Nunca debe salir totalmente fuera de sí. Su hablar debería estar impregnado de una gran gravedad. Cordialidad y afabilidad, pero gravedad. Pues los fieles ya le escuchan en su despacho, ya le escuchan en la calle, ya en la sacristía, sea donde sea, le miran (o le deberían mirar) como a una persona sagrada. Por eso conviene que hable si no en voz baja, al menos sin gritar, sin grandes gesticulaciones, sin hacer muecas, nadie espera del obispo que se haga gracioso, jamás bufonadas. Los fieles esperan gravedad de su obispo.

Debe procurar hablar poco, como aconseja la Sagrada Escritura. Siempre que el obispo está con otra persona o en grupo, existe una tendencia a que le pregunten y a que, al final, sea el obispo el que hable el 90% del tiempo. Finalmente esto se hace una costumbre en algunos, y tienden a hablar más que a escuchar.

Incluso las predicaciones no deben ser largas en exceso. Este defecto de la predicación demasiado larga es un defecto muy común. Generalmente, los que predicán largamente lo hacen porque piensan que ellos hablan muy bien, incluso hay algunos que hasta creen embelesar a los fieles. Recuerde el obispo que no habla para teólogos, sino para gente sencilla.

Pregunta a dos o tres de los más santos sacerdotes de la diócesis qué defectos ven en tu predicación, imponiéndoles cariñosamente el deber de decir la verdad. Lo que ellos te digan será la verdad y no las miles de alabanzas espontáneas del resto que te escuchan.

La predicación es uno de los ministerios que más ejerces, debe ser una espada que afiles más y más, y que manejes cada vez con mayor destreza. Hay que mejorar en la predicación. Y eso, llegados a cierta edad, ya no se logra por uno mismo, sino con la ayuda de otros.

Un obispo no debe nunca hablar mal de otro obispo, salvo en aquel caso que sea estrictamente necesario para evitar otros males. Ésta es una regla que debe observarse escrupulosamente. Y es válida también en relación a los sacerdotes. Un obispo nunca hace un comentario negativo de un sacerdote suyo sin manchar su propia alma. En esta materia de hablar mal de alguien consagrado (e incluso de cualquier persona) no vale excusarse diciendo que sólo era un comentario con los más íntimos. Es un pecado feo en boca de un obispo.

El sacerdote persigna sus labios antes de proclamar el Santo Evangelio de Cristo porque ha pecado mucho con ellos. Las santas palabras del Redentor no deben rozar los labios manchados sin antes pedir su purificación.

No se debe dar crédito a las denuncias de los fieles contra un sacerdote hasta que esa denuncia sea comprobada. Y la comprobación debe ser meticulosa. Tan meticulosa que conviene que no sea el obispo el que la realice personalmente. Porque hay obispos que quieren hacerlo todo personalmente. El arte del bien gobernar es el arte de delegar.

El obispo que cree una denuncia sin comprobarla, sin ver si es razonable, peca de juicio temerario. Primero comprobar, después actuar como padre, y finalmente ser juez si no hay enmienda.

La experiencia demuestra que, muy a menudo, son mejor considerados por el obispo los sacerdotes que se cruzan de brazos y no hacen nada, que los buenos sacerdotes que por tener mucho celo suscitan las protestas de las malas ovejas. Qué lástima que sea mejor considerado el mal sacerdote del que nada se oye, que el buen sacerdote que es combatido.

Los obispos consideran mal a los sacerdotes que sufren problemas. Pero Jesús tuvo problemas.

Hay que ser moderado con la comida. Mejor es no fumar, pero si se fuma no hacerlo ante los fieles. Ni que decir tiene que cuando un obispo, en una cena, repite de un licor. Todos sonrían, pero todos piensan: ha repetido. De un obispo se espera moderación, virtud, apartamiento de los placeres mundanos.

Tristísimo es contemplar a un obispo soberbio, cuando debería ser portador de la humildad de Cristo.

Recuerda que todo el dinero que manejas son limosnas de los fieles. Quizá ese billete que gastas en algo innecesario, es la monedita que echó a la cesta una viuda con grandes sacrificios, porque no tenía casi lo indispensable. Cuando vayas a gastar en un lujo, piensa que hay familias que no pueden llegar a fin de mes sin hacer gastos superfluos. Para la gloria de Dios, gasta. Pero para tu persona, no. La mejor decoración de tu residencia, de tu despacho, son las paredes desnudas y los muebles estrictamente necesarios. Aplica un sano minimalismo a la decoración de tu residencia y de la curia.

Si en un personaje del mundo son comprensibles ciertos dispendios, no así en un clérigo. Nada hay que siente mejor a un hombre de Dios que vivir pobremente. Recuérdalo cuando compres tu coche, cuando decores tu palacio y cuando comas fuera de tu residencia. Ojala que vivas de tal manera, que no tengas que avergonzarte ante los ojos del que vive en la miseria con el peso de una familia sobre sus espaldas.

La austeridad en la decoración del Palacio episcopal es el mejor ornato de la morada de un sucesor de los Apóstoles. Lo que ya haya se mantiene, pero lo que se añada que sea austeramente digno y sólo si es necesario.

Ojalá que cuando mueras no dejes nada a tus familiares. Ni bienes, ni dinero, porque la gloria de Dios y el bien de los pobres sean todo tu afán. Para los familiares el amor, para los pobres el dinero. En la muerte dejar bienes a familiares, es muestra de un corazón que no se había entregado totalmente al Señor.

El arma del obispo, por excelencia, es su lengua; pero el filo de ésta su espada se aguza en el retiro, la soledad y el silencio. Con la Palabra de Dios y la familiaridad con Cristo se le dará cada día la ciencia de lo alto para comunicarla a sus hermanos.

No sois vosotros, obispos, los que os habéis de conformar al mundo, sino el mundo a la imagen de Cristo portado en vuestros corazones. Pero si tú no estás conformado con Cristo, ¿qué haces en un puesto tan sagrado? *Episcopus mundanus onus Ecclesiae*. El obispo mundano es una carga para la Iglesia.

El obispo jamás debe desobedecer ninguna ley de la Iglesia. Lo mismo que tú quieres ser obedecido, obedece tú también. Hay cosas que son potestativas, otras que son dispensables, y otras bajo cuyo yugo debes someterte. El obispo debe renovar regularmente la intención de obedecer y de someterse y de no considerarse por encima del orden establecido en la Iglesia, de forma que pueda decir a sus sacerdotes: sed obedientes del mismo modo que yo obedezco.



## Espiritualidades, movimientos y realidades eclesiales

---

Creo que es conveniente decir algunas palabras acerca de las relaciones entre la jerarquía eclesiástica y la espiritualidades, pues en mi vida sacerdotal he visto que estas relaciones no pocas veces son conflictivas y fuente de continuas tensiones. Cuando hablo de espiritualidades en estas líneas, me refiero a los problemas que en el pasado hubo con los cistercienses o con la espiritualidad jesuítica, o en el presente con el Opus Dei, Comunión y Liberación, o los neocatecumenales. También creo conveniente advertir que yo soy un sacerdote secular que no pertenece a espiritualidad alguna, ni asisto a reuniones de ningún grupo, fuera de las organizadas por mi diócesis. Por eso mis palabras no querría que se entendieran como una visión partidista. Mi único interés es la verdad.

El estereotipo siempre nos presenta a la imaginación un obispo frío, altivo, incomprensivo, aplastando la obra de Dios, un obispo mundano y rígido que sin compasión prohíbe todo aquello que no comprende. Estas situaciones ciertamente han ocurrido a lo largo de la historia de la Iglesia. Pero también ha sido frecuentes los contextos en los que un obispo espiritual y lleno de amor de Dios, desde una visión más general del panorama diocesano y eclesial, ha comprendido con pena que no era prudente permitir algo.

Lo primero de todo que hay que entender es que la jerarquía eclesiástica tiene el deber de discernir y gobernar al Pueblo de Dios. El obispo es el pastor de toda la grey, no sólo de las parroquias. El obispo puede juzgar acerca de todo lo que ocurre en su diócesis, pero él no puede ser juzgado. Él juzga a todos, y nadie le juzga a él.

Esto no significa que el pastor no pueda equivocarse. El hecho de que él tenga ese encargo dado por Dios, no implica que no pueda caer en el error. Pero hay que obedecer al obispo incluso cuando se equivoca. Insisto, la obediencia no se debe practicar sólo cuando el que manda lo hace con amor, o cuando el que manda no yerra, o si me lo dice de una determinada manera, o si el obispo está dotado de unas determinadas cualidades.

Obedecer a un obispo cuando estamos enteramente convencidos de que él está equivocado, hace más valioso el acto de sumisión de la voluntad. Los ángeles rebeldes cayeron del Cielo por no someter sus voluntades. Someter la propia voluntad puede ser más valioso que cientos de ayunos y penitencias corporales. La obediencia a la jerarquía es obediencia a Dios, sea como sea el que manda.

A pesar de los estereotipos, sí que es cierto que el eclesiástico que ejerce una función de gobierno tiende a presentar una actitud de defensa frente a lo inesperado, frente a lo que no concuerda con sus esquemas. Siempre cuesta aceptar lo que es nuevo. Y cuanto más nuevo, más cuesta aceptarlo en el seno de una diócesis que se considera (inconscientemente) como algo propio, no como un campo en el que el Espíritu Santo tiene pleno derecho a sorprendernos.

Las tensiones entre los odres viejos y el vino nuevo acompañarán el devenir de la Iglesia hasta el fin de los tiempos. El obispo siempre está convencido de que él es el cauce para renovar la iglesia que preside, y existe una resistencia comprensible, pero humana, a aceptar la novedad que ha traído Dios. Sin darse cuenta, es fácil que la jerarquía, que es servicio, se convierta en obstáculo. Oponerse a un carisma concreto que Dios quiera plantar, es oponerse a la voluntad de Dios.

Parece que por parte de la jerarquía debería ser más aceptable una nueva realidad eclesial, cuando su acción se da para subvenir una necesidad que la misma jerarquía no está cubriendo. Pero, normalmente, la respuesta jerárquica es que ellos ya se encargan de eso.

Las bibliotecas de monasterios y seminarios cuentan con infinidad de escritos espirituales que explican la necesidad de obedecer a los obispos, son muchos los que en la Historia han hablado acerca de la belleza y beneficios para el alma de ejercitar la obediencia a la jerarquía, pero prácticamente no hay nada escrito acerca de los límites de esa obediencia o de los errores en los que puede incurrir aquel que ejerce el oficio de mandar. Y hay muy poco escrito porque todo teólogo con ciencia suficiente para poder escribir acerca de ese tema, siempre le ha dado la sensación de que si hubiera escrito sobre eso, hubiera sido como criticar el ministerio episcopal. Parece como si no se pudiera hablar de este asunto sin pedir perdón desde la primera línea. Pero, creedme, la verdad es siempre lo mejor. Es lamentable que acerca de los límites de la obediencia al obispo siempre o le se haya guardado silencio o se le haya hablado desde la rebeldía, pero muy pocas veces se ha tratado el tema desde la santidad y la ortodoxia. Pero esos límites existen.

Recuerde el obispo que en su ministerio debe tener muy claros las lindes entre lo que es materia de dirección espiritual y lo que es materia sujeta a la obediencia episcopal. Un fiel tiene perfecto derecho a no estar de acuerdo con su obispo. Eso no es desobediencia, ni mal espíritu, ni obstinación.

Como el texto puede resultar demasiado abstracto, voy a poner ejemplos concretos y reales que he conocido de primera mano. En una archidiócesis, a todos los seminaristas, se les prohibió que tuvieran un director espiritual que no fuera uno de los nombrados para el seminario. A un sacerdote se le prohibió ir a los retiros espirituales de un determinado movimiento. A un seminarista se le presionó para que no leyera determinados libros bajo la premisa de que le inculcaban una espiritualidad ya caduca. A una asociación de laicos se les prohibió traer predicadores de fuera de la diócesis, según el obispo ya había suficientes predicadores en la diócesis y muy buenos, y no había ninguna necesidad de traerlos de fuera, la prohibición fue terminante. Otro obispo prohibió grandes eventos a una asociación, sólo les permitió uno al año. Pues los párrocos se habían quejado de que tantos eventos hacían disminuir las recaudaciones parroquiales de la ciudad. Otro obispo se enfadó mucho porque un laico ingresase en un seminario que no era el suyo. En ese caso, el obispo podía enfadarse lo que quisiera, pero el laico tenía pleno derecho a pedir ser admitido donde lo deseara. La lista podría ser mucho más larga.

El obispo no sólo ha de respetar el sacrosanto santuario de la conciencia de cada uno, allí donde sólo puede entrar el Creador. Recuerde el obispo, que incluso en el ámbito del fuero externo los clérigos seculares han actuado, a lo largo de toda la historia, con una gran libertad. Y eso no es malo. No hay que confundir libertad con indisciplina.



Una diócesis no es un Estado centralizado, no es un ejército, no es una monarquía. La diócesis no está formada sólo por una red piramidal de delegados. La Curia sí que está formada por delegados, pero la diócesis no. Los presbíteros son pastores de sus rebaños. Sería terrible una diócesis donde todo estuviera regulado y donde se dieran diarias consignas a cada pastor de lo que debe hacer y predicar.

Hay que ser exquisitos en respetar todas las espiritualidades. El obispo no debe prohibir las cosas que no le gusten, mientras no sean malas. Es más, un fiel o un sacerdote si está seguros de que Dios le pide algo, puede hacerlo incluso contra el consejo de su obispo. El laico o el sacerdote sólo están obligados a obedecer lo que se les ordene; pero un consejo no es una orden. Cuando un obispo quiere ordenar una cosa, la ordena. El obispo tiene todo el derecho del mundo a dar cuantos consejos crea conveniente. Y al sacerdote se le respeta su derecho de aplicarlos o no. Al mismo tiempo, el límite es la obediencia; la cual es sagrada.

Dejando claros los límites de la obediencia, lo mejor es que la relación entre el obispo y el presbítero se desenvuelva desde el respeto mutuo. Un respeto en el que cada uno reconoce la dignidad del estado del otro. Pero diga lo que diga el ordenamiento canónico, tanto el presbítero como el laico, tienen que entender que a un obispo no le gustará que no se sigan sus consejos. El obispo reconocerá, ciertamente, los límites canónicos de su autoridad, pero no le gustará que no se siga su voluntad. Eso es así. Y ha sido así en todas las épocas y en todos los lugares del mundo. Por eso los laicos que quieran promover una determinada espiritualidad, tendrán que ser comprensivos con este aspecto humano del ejercicio de la autoridad. Al mismo tiempo, tienen que ser comprensivos cuando un obispo insiste e insiste en imponer algo que es completamente opinable.

Al mismo tiempo, la autoridad debe entender que tan diocesano es el sacerdote que no pertenece a nada como yo, como el sacerdote que pertenece a una espiritualidad determinada y asiste a sus reuniones semanalmente. No es más diocesano el que es más neutro.

Cada uno puede tener la espiritualidad que desee, pero hay que respetar la libertad. Porque la libertad es un bien. La libertad es un valor dentro de la Iglesia. Uno no es libre por concesión de ningún ser humano, es un don dado directamente por Dios. Muchos creen que ensalzar la libertad supone ir en desdoro de la obediencia. Pero hay que favorecer todo lo que se pueda la libertad, y al mismo tiempo hay que insistir el carácter sacrosanto del vínculo de la obediencia.

# Letanías de la humildad

---



El obispo haría muy bien en rezar,  
de vez en cuando, la siguiente letanía:

**Jesús manso y humilde de Corazón,**

Después de cada frase, repítase:

**líbrame Señor**

Del deseo de ser lisonjeado,  
Del deseo de ser alabado,  
Del deseo de ser honrado,  
Del deseo de ser aplaudido,  
Del deseo de ser preferido a otros,  
Del deseo de ser consultado,  
Del deseo de ser aceptado,  
Del temor de ser humillado,  
Del temor de ser despreciado,  
Del temor de ser reprendido,  
Del temor de ser calumniado,  
Del temor de ser olvidado,  
Del temor de ser puesto en ridículo,  
Del temor de ser injuriado,  
Del temor de ser juzgado con malicia

Después de cada frase repítase:

**Jesús, dame la gracia de desearlo.**

Que otros sean más estimados que yo,

Que otros crezcan en la opinión del mundo y yo me eclipse,

Que otros sean alabados y de mí no se haga caso,

Que otros sean empleados en cargos y a mí se me juzgue inútil,

Que otros sean preferidos a mí en todo,

Que los demás sean más santos que yo con tal que yo sea todo lo santo que pueda,

Oración:

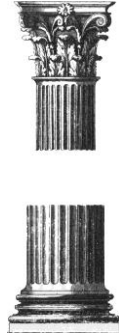
Oh Jesús que, siendo Dios, te humillaste hasta la muerte, y muerte de cruz, para ser ejemplo perenne que confunda nuestro orgullo y amor propio. Concédenos la gracia de aprender y practicar tu ejemplo, para que humillándonos como corresponde a nuestra miseria aquí en la tierra, podamos ser ensalzados hasta gozar eternamente de ti en el cielo. Amén.

Procurar siempre inclinarse no a lo más fácil, sino a lo más dificultoso; no a lo más sabroso, sino a lo más desabrido; no a lo más gustoso, sino a lo que no da gusto; no inclinarse a lo que es descanso, sino a lo más trabajoso; no a lo que es consuelo, sino a lo que no es consuelo; no a lo más, sino a lo menos; no a lo más alto y precioso, sino a lo más bajo y despreciado; no a lo que es querer algo, sino a lo que no es querer nada; no andar buscando lo mejor de las cosas, sino lo peor, y traer desnudez y vacío y pobreza por Jesucristo de cuando hay en el mundo. Avisos de San Juan de la Cruz que tenía copiados la madre Magdalena del Espíritu Santo. (San Juan de la Cruz, *Dichos de luz y amor*, aviso n° 162).

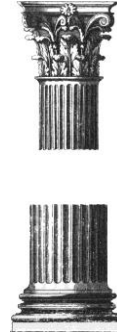




Tú, Dios Altísimo,



Obispo de los obispos,  
Pontífice de los pontífices,  
Trinidad Santa,  
Misterio de los misterios,  
el único Santo entre los santos,  
haz de mi un buen pastor,  
un digno obispo.



Que al morir pueda escuchar las alabanzas de mi Redentor,  
Humildemente suplico que Aquél que me contrató  
para trabajar en su viña  
algún día me reciba en su seno a mí,  
indigno siervo y seguidor suyo.



In nomine Patris et Filio et Spiritus Sanctus.

Amén.





## Los Arzobispos

---

Si un obispo debe ser ejemplar, un arzobispo lo debería ser más. Pues si los obispos tienen sobre sus hombros el encargo de cuidar de una grey, un arzobispo usualmente tiene el encargo de cuidar de una grey mayor, y es más visible ante sus hermanos obispos. No sólo su imagen se hará más presente ante los obispos, sino en la misma sociedad en general. Pues los medios más muestran a los grandes prelados, que a los de inferior rango.

El metropolitano es como una vela, que aun siendo una vela como las otras, está colocada en un lugar más alto del candelabro de los obispos.

Esa notoriedad, su visibilidad y el tamaño de su grey, se denota en el portar de ese ornamento litúrgico llamado palio. Un honor carente de una jurisdicción superior a la de un obispo. Pero aun así supone el honor de soportar sobre los hombros el peso de un rebaño más grande.

Los palios al principio eran una mera insignia del metropolitano. Después pasaron a significar la comunión con la Sede Romana, pues la costumbre reservó que fuera el Papa el que los bendijese y enviase por medio de un mensajero. Bien sabes, arzobispo, que con el tiempo algunos vieron otro bello sentido espiritual: como el palio es de lana, simboliza al cordero que lleva el buen pastor sobre los hombros. Esto ya lo sabías, aunque bien has podido observar cuántos arzobispos se colocan el palio despistados, dispersos, sin ningún pensamiento religioso. Saben lo que significa, pero se lo ponen sobre sí como si fuera un mero trozo de tela, sin pensar que se trata de algo sagrado.

Haz propósito, cada vez que te pongas el palio, de hacer una pequeña oración. Bien sea una oración vocal, bien el recuerdo del peso que Dios ha puesto sobre tus hombros y que debes llevar con dignidad. Si prefieres hacer una oración vocal, ésta es la que aparece en los devocionales: *Ut semper unitus ad Petrum et suos successores sim, Domine, et exemplum fatribus meis episcopis.*

El palio es un ornamento que denota honor. Rodea el cuello como un collar. Pero cae a la espalda, pues sobre la espalda se llevan los pesos, y éste es un peso espiritual pero real. Asimismo cae sobre el pecho, sobre el corazón, pues es un peso que se lleva por amor. Las cinco cruces que hay sobre el palio representan las cinco llagas de Cristo. Sé devoto de esas cinco llagas. Las cinco cruces te las recordarán una y otra vez si tú pones de parte, así como las tres agujas te recordarán los tres sagrados clavos santificados por su sangre.

Antiguamente esos alfileres sujetaban el palio en la vuelta que hacía alrededor del cuello, apoyado sobre los hombros. Esos alfileres podían incluso fijar el palio a la túnica para que no se moviera, por eso eran largos los alfileres. Hoy día son ornamentales, pudiendo el arzobispo encargar a un joyero que haga otros más bellos. Esos alfileres, usualmente, suelen llevar

engarzada una piedra en su cabeza. Esas gemas simbolizan tesoros espirituales que provienen de los sufrimientos de Cristo.

El palio se confecciona con la lana de los corderos bendecidos por el Papa en la fiesta de Santa Inés, el 21 de enero. Esos corderos son criados por padres trapenses en la Abadía de Tre Fontane. Posteriormente, esa lana es entregada a las monjas benedictinas del Convento de Santa Cecilia de Roma y ellas tejen la lana. Luego esos palios son colocados sobre el sepulcro de San Pedro en la basílica vaticana. Dado que son ornamentos bendecidos, son sacramentales. Sacramentales bendecidos por el Papa y colocados sobre el Sepulcro de San Pedro, lo cual en cierto modo los convierte en reliquias de contacto. Lo mismo que cualquier otro trozo de tela o medalla colocada sobre el cuerpo o el sepulcro de un santo. El palio, como ves, predica y además es un sacramental.

El palio puede llevarlo el Arzobispo metropolitano libremente en toda su provincia eclesiástica, pero no fuera de ella, por más que el Obispo del lugar pretendiera darle permiso. El Papa lo usa en toda la Iglesia universal. Como símbolo de que su jurisdicción es universal. Recuérdese que el palio era el símbolo de la autoridad del metropolitano.

El arzobispo, aunque no tenga ninguna autoridad sobre los sufragáneos, tiene que ser un padre de los padres, un hermano mayor de sus hermanos obispos. Tiene que ser un gran árbol alrededor del cual se congreguen los obispos de su provincia. Las puertas de su casa tienen que estar abiertas para recibir a sus hermanos obispos. Su persona tiene que ser signo de comunión. Habría que escoger a los más santos entre los obispos, para ser arzobispos. Para que de un modo natural, y no impuesto por ningún canon, los obispos acudieran a ellos en busca de consejo atraídos por su santidad.

No son las leyes canónicas las que deberían aumentar las prerrogativas de sedes metropolitanas. La ley está perfecta como está. Sino que deberían ser las mismas personas que se sientan en esas cátedras, las que atrajeran de un modo espontáneo los espíritus del rango episcopal.

Insisto, si un obispo debería ser un hombre santo, un arzobispo debería ser un santo escogido entre los santos. Debería ser alguien venerable. El arzobispo debería ser un auténtico patriarca, lleno de autoridad.

Tú que eres arzobispo, fíjate cuán lejos estás del ideal, del inmenso ideal que Jesucristo hubiera querido para los siervos de su casa. Estás muy alto en la Casa de Dios, trata, al menos, de acercarte un poco al ideal descrito. Que no vean en ti a un prelado, que sólo busca agradar a todos. Que no vean en ti a un prelado que sólo busca llevarse bien con todos.

Que seas un gran monte alrededor del cual se congreguen los obispos de tu provincia, tus clérigos y el rebaño que te ha sido entregado. Pues no sólo eres obispo, sino arzobispo. El palio te lo recuerda, el nombre de tu mismo oficio te recuerda tu preeminencia. Preeminencia no de poder, sino de honor. Ojalá que la preeminencia del honor concuerde con la preeminencia de tu valor como persona. Sería triste que la valía de la persona, no estuviera de acuerdo al puesto. Peor sería que en un puesto tan alto se colocase a alguien indigno. Esfuérzate día a día para ser más digno del honor que se te ha conferido.

Alguno puede sentir la tentación de pensar que el arzobispo debería tener algo de poder sobre los obispos de su provincia. Eso es un error. Siempre que mencionamos el concepto de



autoridad, pensamos en la capacidad de dar órdenes. Pero por más que lo determinaran las leyes canónicas, un obispo difícilmente obedecerá a otro obispo. Lo que no se consiga por vía del consejo, de ningún modo se logrará por la palabra imperativa; por lo menos, con un hermano obispo, no.

Pero si las leyes no te dan poderes sobre tus hermanos en el episcopado, sí que te dan la autoridad moral para advertir al sufragáneo que veas que hace algo incorrecto. Un arzobispo tiene la autoridad moral para corregir a sus obispos sufragáneos. Otros obispos pueden decirle algo o no, pero tú debes decírselo. Si todo obispo debería advertir a su hermano, en el arzobispo eso es un deber.

Aunque si previsiblemente no te va a escuchar, es mejor que no te enemistes con él. Sólo se debe corregir a aquél, que razonablemente se piensa que te puede escuchar. La corrección pierde su sentido si es sólo ocasión para que el corregido se enfade. Pero si lo que has visto es grave, debes informar a la Santa Sede. No guardes en tu corazón esas cosas graves, porque tu condescendencia con el hermano será el sufrimiento de sus fieles. Tu caridad con él, es crueldad con los pequeños.

El canon 397, ordena: *Si un Obispo se ausentase ilegítimamente de la diócesis por más de seis meses, el Metropolitano informará sobre este hecho a la Sede Apostólica.* De esto se puede sacar la enseñanza de cuán importante también una enseñanza aplicable para el mismo arzobispo, y es que uno a lo que debe dedicarse es a su propio rebaño. Existe para los arzobispos muy prestigiosos la tentación de viajar por todas partes dando conferencias. Como consecuencia de tantas ausencias, después hacen esperar muchísimo a los propios sacerdotes que quieren hablar con ellos. Tened cuidado, arzobispos, pues vosotros tenéis más fama que un obispo normal, y podéis sentir con más fuerza la tentación de viajar más para crearos un nombre.

Cada vez que os hagan una invitación, lo primero que debéis preguntaros es: ¿este viaje es para la gloria de Dios o para la mía? Después, mirad si es necesario que vayáis precisamente vosotros. La Iglesia tiene muchos predicadores. El oficio esencial del obispo no es predicar fuera de la diócesis. En esto, como en todo, hay que encontrar el justo punto de lo razonable.





## La Curia Romana

---

Aunque estos puntos de meditación están escritos para los obispos que trabajan en el Vaticano, podrán ser leídos con igual aprovechamiento por todos los que trabajan en la Curia Romana.

El Vaticano es la cabeza de la Iglesia. Es cabeza porque la función de la cabeza es reflexionar y tomar decisiones. Decisiones que fluyen hacia toda la Iglesia Universal. Las disposiciones de esos despachos y salas llegan hasta el último rincón del Cuerpo Místico.

El párroco toma una decisión, y esa decisión influye en su parroquia. El obispo toma una decisión, y esa decisión influye en su diócesis. El Vaticano es el único lugar del mundo donde se puede influir en todas partes. El único lugar donde se tiene tal jurisdicción espiritual.

Alguien podrá decir: *es el Papa el que es cabeza de la Iglesia, no el Vaticano*. Es cierto que es el Sucesor de Pedro el que es la cabeza de la Iglesia, pero todos los que trabajan en la Santa Sede son como el cuerpo místico de esa cabeza. Si la Iglesia es el Cuerpo Místico de Cristo, la Curia Romana es el Cuerpo Místico del Sucesor de Pedro.

Así que vosotros que formáis parte de esa cabeza, como si de células de ella se tratara, sentid ese orgullo, pero también esa responsabilidad.

Haceos conscientes de dónde trabajáis. Recordaos todos los días al comenzar el trabajo, la elección que supone trabajar allí, aunque sea en el más humilde de los puestos. Es un honor estar allí, en el centro espiritual de la Santa Iglesia de Cristo. Pues el Reino de los Cielos sobre la tierra posee un centro espiritual en el que convergen todas las líneas, un centro del que parten las ramificaciones, y ese centro es la Santa Sede.

El autor de estas líneas tiene muy claro que los obispos no son delegados del Papa, sino verdaderos pastores de sus diócesis. Tengo muy claro que la jerarquía de la Iglesia es muy distinta a la que puede haber en un ejército, cuyas órdenes se transmiten de arriba abajo siguiendo un escalafón escalonado en el que cada rango superior manda sobre el rango inferior. En la Iglesia de Dios las cosas no son así. Pero por muy claras que se tengan esas diferencias, por muy claro que se tenga la naturaleza *sui generis* de la autoridad en el seno de la Iglesia, hay que reconocer que la autoridad que ejerce la Santa Sede es una autoridad sobre toda autoridad, una jurisdicción sobre toda jurisdicción. Una primacía que proviene de Nuestro Señor Jesucristo. Primacía que radica en una sede sobre todas las sedes.

Por tanto, cread buen ambiente entre los que trabajáis en la Curia. Que vuestro comportamiento no se limite a ser correcto, tratad de ser amigos entre vosotros. Esfuérzese el prefecto en que los clérigos que trabajen con él, formen un grupo de amigos, una familia, no una mera acumulación de individuos. Para ello promuévase todo lo que cree lazos humanos:

excursiones, comidas, rezos en común, charlas mientras se toma un té con pastas. Úsese tiempo del trabajo para ello, porque será un tiempo bien empleado. Si algunas de estas actividades se hacen sacándolas del tiempo libre, algunos se quejarán y con razón. Resulta una buena inversión invertir algo de tiempo de trabajo en este aspecto humano. No tenga en ello escrúpulos el prefecto, porque así evitará problemas mucho más graves. Problemas que provienen del aspecto humano de esos trabajadores de Cristo. Los cuáles deberían ser personas transformadas por la gracia de Cristo, pero que, muchas veces, mantienen una visión meramente humana de las cosas, dejándose llevar de antipatías y aversiones.

Sería deseable que los trabajadores de una congregación viviesen en un mismo edificio. En apartamentos distintos, sí, pero en un mismo edificio. Para facilitar al máximo el que se creen relaciones de amistad. Para que la unión no sea sólo la del trabajo, sino también la de la vida en general. Nadie que trabaje en el Vaticano debe sentirse solo acabada su jornada en la oficina. Lo ideal es que cada congregación formase con sus clérigos un verdadero *corpus*. Lo cual ayudaría al trabajo y a la vida personal de cada uno de sus integrantes, en el descanso y en la vida espiritual.

No hay que buscar ser promovido. El que entra en un dicasterio, debe repetirse, de tanto en tanto, que será plenamente feliz, aunque permanezca en ese puesto toda la vida. Debe repetirse que si sucediese algún día que recibiera la notificación de que abandona el Vaticano y es remitido de nuevo a su diócesis, si eso sucediera, recibiría tal noticia con indiferencia ignaciana, porque su corazón debe estar centrado en Cristo.

Señor, te doy gracias por los años que me has permitido trabajar allí, pero ahora te doy gracias por enviarme Tú a otro lugar. A Roma me enviaste, y ahora Tú me esperas donde me envías. Fui feliz aquí, seré feliz donde voy.

Hay que hacer las cosas bien, y después recibir con la misma alegría un ascenso que un despido. Cuando se logra eso, se ha llegado a la perfección.

Recuerda, no estás allí por tus cualidades, aunque estés convencido de ello. Estás allí, porque Dios te ha puesto en ese lugar. Ha sido la voluntad de Dios, no tus cualidades, aunque lo creas así. Y del mismo modo que el Altísimo te ha puesto allí cuando ha querido, te puede sacar cuando quiera. Y con todas tus cualidades humanas de ciencia, trabajo y don de gentes, puedes verte de nuevo en tu diócesis en el plazo de unas pocas semanas.

Si se te pide que vuelvas a tu diócesis, tú verás la razón humana: un problema de salud, la pobre consideración que tenía de ti un superior, una denuncia falsa. Pero detrás de la razón humana está Dios. Nadie entra en el Vaticano y nadie sale, si la voluntad del Omnipotente que dirige todos los caminos de los hombres, no lo permite. Eso vale para el Vaticano y para cualquier destino dentro de la Iglesia.

Nunca hables mal de nadie. Que nunca se creen grupos de murmuración. Que mires a todos con la mirada cándida de un novicio recién entrado a su monasterio. Ojalá que siempre tuviésemos esa mirada candorosa e ingenua.

Trata a todos con amabilidad. No trates de un modo a los obispos, y de otro modo a los fieles y sacerdotes. Sé siempre sincero con tus superiores. No digas lo que ellos quieren oír. Habla sin hacer cálculos mentales. Esfuérzate porque tu palabra sea expresión de tu corazón. La

doblez y el fingimiento son cosas que reprueba Dios. Di lo que piensas a tus compañeros y superiores, y que después ellos piensen lo que quieran.

Nunca pienses: si le digo esto, va a pensar que siempre me estoy quejando. Por el contrario, esfuérate en quedar mal ante el superior. Así sabrás que estás allí sólo buscando el servicio a Jesús, y no tu propio servicio. Algunos se sirven a sí mismos sirviendo a Dios. Servir a la propia carrera, para servir mejor a Dios; magnífica mentira de Satanás.

*Hacer carrera*, qué espejismo, qué mentira, qué desilusión, qué pérdida de una vida entera. Eso sí que es haber errado el camino de seguimiento de Jesús de Nazaret, pobre y sencillo.

Examínate, ¿voy a esta recepción, a esta conferencia, a esta misa, porque me interesa o para quedar bien ante fulano o mengano? Si es así, no vayas. No pierdas el tiempo. Quédate en casa leyendo la Biblia o delante del Santísimo Sacramento. Porque también existe una vida social eclesial. ¡No pierdas el tiempo! Si Cristo quiere que llegues a un puesto, llegarás sin hacerle la pelota a nadie. Pero nunca te engañes pensando el bien tan grande que harás en tal o cual posición. Las dignidades se dan de lo alto. Si tú te mueves para conseguir las, ya no estás sirviéndole con corazón puro.

Debes repetirte que no moverás ni un dedo, ni un simple dedo, ni por conseguir el más alto y prestigioso de los puestos vaticanos. Si mueves ese dedo, aunque sea el meñique, ya no estás sirviendo a Dios con desasimiento de las cosas terrenas. ¡Cuánto nos asimos los eclesiales a la poca gloria humana que se halla presente en la Iglesia!

Descubre el sentido de la ciudad de Roma. Vive su rica vida litúrgica. Entiende lo que significa trabajar tan cerca del sepulcro de apóstol Pedro que escuchó las palabras de Nuestro Señor, en una ciudad santificada por tantos santos y por tantos cuerpos de mártires. Las oraciones de millones de personas en el mundo recaen sobre esa ciudad. Dios envía sus gracias sobre esa ciudad, para que sus habitantes se conviertan, porque en ella está la Curia Romana.

Son tantas las reliquias que santifican la ciudad con su presencia silenciosa. La ciudad cuyo suelo recibió la sangre y sufrimientos de tantos mártires, es santa. Su pasión y dolores han servido para que hoy estés donde estés, para que se haya erigido en Roma lo que hoy contemplas. Su sangre derribó el muro del paganismo, que no se hundió sin presentar dura batalla.

Vives en una ciudad que donde la Historia de la Iglesia está perfectamente visible. Otros leen la Historia de la Iglesia en las páginas de los libros. En la Urbe, esa Historia está ante tus ojos, en las calles, en el interior de las basílicas.

Trata de participar una vez a la semana en la liturgia de una iglesia distinta. Tienes tantos ritos orientales, tantas comunidades religiosas, tantos magníficos pontificales. Vive Roma en toda su amplitud litúrgica. Haz cada semana una peregrinación a pie a una iglesia distinta, y allí pasa un tiempo en oración, haciendo tu rato de oración de la mañana o de la tarde. Tampoco necesitas estar horas, basta con variar el lugar donde haces tu oración vespertina. Eso ofrece novedad a tu vida espiritual. Y así aprovechas tu estancia en una ciudad santa como ésta. No hagas como algunos clérigos de Roma, que estando en semejante emplazamiento privilegiado,

siempre celebran misa y hacen su oración en un solo sitio sin interés por ir a rezar a más lugares. Aprovecha Roma.

Cada vez que estés en una misa en la Basílica de San Pedro del Vaticano, recuerda: *allí, delante de mí, estuvo enterrado el cuerpo de aquél que escuchó las palabras de Jesús directamente de su boca.* Allí está aquel pobre pescador del pequeño y humilde grupo de los que escucharon por primera vez el Evangelio.

No veas esa basílica de un modo meramente estético, mírala como el triunfo de la Fe. Su gloria es la gloria de Dios. Su grandeza es la grandeza de la Iglesia. Jesús mora en ese templo, en el sagrario. Mora con su propio cuerpo entre esos muros, como si de un palacio se tratara. Estás en la casa de Dios, con Jesús, con el Espíritu Santo sobrevolando esos espacios inmensos de esa basílica, los ángeles están en ese lugar.

Las liturgias de las que participas allí en la Basílica del Vaticano, así como otras de la Urbe, son las más grandiosas del mundo. Allí se le ofrece al Altísimo el culto más esplendoroso. Allí puedes ver el esplendor de la gloria de Dios. Por más años que lleves allí, participa con el mismo estupor admirado con que los turistas asisten a esos santos oficios. Observa el rostro iluminado de tantos católicos sencillos. Observa el rostro fascinado de tantos que aun no siendo cristianos reconocen que en toda la tierra no hay lugar como ése. De todos los confines del mundo afluyen a ese monte santo.

Los que trabajan en la Curia deberían ser más ejemplares que el resto de los clérigos, pues están situados en un lugar más visible, donde su luz u oscuridad será más fácilmente vista por todos. Cualquier escándalo de un sacerdote que trabaje allí, manchará más el nombre de la Iglesia que el de otro que trabaje en otro puesto.

Si un oficial de la Curia tuviera –Dios no lo quiera- alguna debilidad que no ha logrado superar, debe pedir consejo a algún santo sacerdote, para a través de una dirección espiritual salir de esa situación. Nadie debe trabajar en el Vaticano con el alma manchada. Nadie debe albergar oscuridad en su corazón, trabajando en medio de tantos ministros llenos de luz. Déjate penetrar de esa luz que reina en la Santa Sede, permite que la gracia que te rodea entre en tu corazón. Estás rodeado de cosas santas, de personas transformadas por el mensaje de Jesús, abre las puertas de tu corazón para que tú también te beneficies de todo ello.

Hacerse consciente de lo que significa la Cabeza de la Iglesia. Si la Iglesia ya de por sí es una cosa noble, cuánto más nobleza debe existir en su cabeza. Hay muchas sedes episcopales en el mundo, y todas ellas son santas, pues sagrado el oficio del obispo que se ejerce sobre ellas. Pero una sola es la sede santa por antonomasia.

Piensa en los pobres peregrinos que vienen con toda sencillez al Vaticano y lloran de emoción, ellos sí que saben lo que es la Cabeza de la Iglesia.

Cuidar de la fe, de los ritos, de los sacerdotes, de los misioneros en tierras lejanas, de la vida en los claustros, preservar los derechos de la Iglesia a lo largo y ancho del mundo, guiar a los obispos, qué bellas labores para vosotros que trabajáis en los dicasterios. A vosotros se os ha encargado de interpretar la ley, de cuidar del culto que se le debe a Dios, de juzgar a los hombres de Dios, tantas y tantas funciones, haceos santos para ejercitar con la mayor dignidad esas funciones.

Vosotros que trabajáis en las oficinas del Vaticano, sufrís más la tentación de no ver a la Iglesia como la ve la pobre ancianita llena de fe en un pequeño pueblo. Sufrís la tentación de comprender a la Iglesia como algo más reducido, no tan grandioso. La viejecita sencilla ve en la Iglesia, ante todo, las páginas del Evangelio. Si ve imperfecciones en su párroco, las disculpa con bondad, pues su corazón de creyente está lleno de bondad. Pero tú, monseñor que vistes un fajín morado, tienes la tendencia a ver menos el Evangelio, y más la institución. Ves más al ser humano, y menos a la persona sagrada que es cada sacerdote. Has perdido los ojos claros del hombre sencillo.

No hay que fijarse en la parte humana, sino tener siempre presentes las cosas divinas a través de las humanas.

Tú que trabajas en la Curia, intenta participar en las misas estacionales de la Cuaresma. Puedes concelebrar en dos o tres misas estacionales cada semana. Eso marcará con un signo notable ese tiempo de penitencia, y podrás hacer una pequeña peregrinación hasta cada iglesia.





# Los Cardenales

---



La historia de la creación del colegio cardenalicio es de una gran belleza. Demuestra el modo tan sabio y progresivo como Dios ha dispuesto que fueran las cosas en su Iglesia. La palabra “cardenal” proviene de *incardinatus*. Al principio, al obispo de Roma lo elegía el clero y el pueblo de Roma. Los *incardinati* eran los clérigos de la Urbe, a diferencia de aquellos que simplemente pasaran por la ciudad como peregrinos.

A partir del siglo V, la diócesis de Roma tenía unas veinticinco parroquias. Cada párroco era un *presbíterus incardinatus*. De ahí provino el título de cardenal presbítero, los cuales eran los párrocos de Roma. La ciudad se dividió en siete circunscripciones, y a cada una de ellas se le asignó un diácono que se encargase de las obras caridad. De allí nació el orden de los cardenales diáconos. El Papa, además de ser Sumo Pontífice de la Iglesia Universal, era también metropolitano de las diócesis alrededor de Roma, a las cuales se las conoció como diócesis suburbicarias. Estos obispos sufragáneos eran los de Ostia, Albano, Frascati, Palestrina, Porto-Santa Rufina, Sabina-Poggio Mirteto, Velletri-Segni. Esos obispos sufragáneos se reunían con el clero de Roma para elegir un nuevo metropolitano. Ellos son el origen de los cardenales del orden de los obispos.

Aunque no se excluyó de forma oficial al Pueblo de Roma hasta el siglo XI. De hecho, ya mucho antes *de facto* había quedado excluido. Mientras la comunidad había sido muy pequeña en los primeros siglos, la opinión de los fieles constituía una aportación de utilidad en una decisión que se tomaba por parte de todos de común acuerdo. Pero después no tardó en comprobarse que la intervención del pueblo, daba lugar a interferencias de los poderes seculares.

El color rojo de tu hábito cardenalicio se escogió por razones poco espirituales. Era un color muy llamativo y muy caro en la antigüedad. Pues el tinte con el que se hacía la purpura roja, era muy costoso. Algunos han dicho que el color rojo era para recordar que debían dar la sangre por el Romano Pontífice. Eso es un sentido añadido en siglos posteriores, que nada tiene que ver con el uso de la púrpura como elemento de lujo ya en la corte imperial de los césares. Sin embargo, tú puedes darle otro sentido. El rojo es el color del fuego. Los que estáis alrededor de la cabeza de la Iglesia, deberíais estar ardiendo en el amor de Dios. Del mismo modo que los

ángeles alrededor del Trono del Altísimo están ardiendo en amor a Dios. Ese sentido del fuego del amor a Dios, me parece más apropiado que el simbolismo de dar la vida por el Papa.

Dais gloria a Dios siendo cardenales. Podrías estar en lugares de misión, trabajando en una pequeña iglesia como párrocos, ayudando a los pobres en una leprosería. Pero vosotros servís a la Iglesia siendo cardenales: realizad bien esa función.

Otros servirán a los hijos de Dios desde la sencillez de sus pequeños puestos. Vosotros, cuando os pongáis el hábito coral, la sotana filetata, las grandes vestiduras litúrgicas, pensad que ése es vuestro trabajo. La gente disfruta viendo esas grandes celebraciones. Los ropajes forman parte del esplendor de la liturgia, del protocolo, del deseo de honrar a aquellos con los que os reunís, sean poderosos o gente sencilla. Pues las bellas vestiduras eclesiásticas también agradan a la gente humilde que os vea.

En cualquier caso, recordad que no os ponéis esas ropas y vestiduras porque os apetezca, o porque os guste. Os ponéis esas cruces, anillos, esclavinas, solideo, capas pluviales, porque ése es vuestro trabajo.

Imaginaos a un pavo real que con el pico se arrancara las plumas para ser humilde como una paloma. Haría mal. Su corazón debe ser sencillo como el de una paloma, pero la exuberancia externa del pavo real agrada a los hijos de Dios que contemplan las cosas que su Padre ha creado. Lo mismo sucede con los cardenales. Los pavos reales, los faisanes, los cisnes, engalanan el jardín de un rey. Vosotros, con vuestra mera presencia, engalanáis el Jardín de Dios que es la Iglesia. Sois las bellísimas aves que ornáis la parte más interna de ese jardín.

Que la misionera en África sirva a Dios como misionera con su sencillo hábito, que el capuchino sirva como un pobre capuchino de hábito remendado. Pero que el príncipe de la Iglesia dé gloria a Dios, siendo lo que es, con el despliegue de todos los símbolos de su grado. Sois príncipes de un Reino. No os vestís con esplendor por orgullo, sino como servicio. A la gente le gusta. Esas cosas les gustan incluso a los no creyentes. Sólo os criticarán algunos, pero no os preocupéis. Esos os criticarán aunque les hagáis caso.

Llevar esos ropajes supone en verano sufrir un incomodísimo calor encerrados dentro de esas vestiduras. Pero estar así, empapados en sudor a lo largo de todo vuestro cuerpo, será vuestro trabajo. Otras vuestro trabajo será resistir con paciencia los inacabables actos protocolarios, en los que el trabajo, a veces, consiste en la mera presencia. Otras veces serán las largas ceremonias a las que tendréis que asistir. Otras veces vuestro trabajo serán las reuniones, los viajes en avión, las esperas interminables en los aeropuertos. Llevad con paciencia todas las cosas que van adjuntas a vuestro trabajo. Aunque esas cosas adjuntas no os parezcan trabajo.

Recuerda también que los hábitos eclesiásticos dan gloria a Dios. Pero hay sólo un paso de dar gloria a Dios a través de esos hábitos y anillos y cruces, a darse gloria a sí mismo. Las vestiduras eclesiásticas ornan la Casa de Dios. Pero en el excesivo apego a los detalles, a veces, os espera el demonio. Es lógico que el cardenal quiera tener una bonita cruz pectoral, o una bonita sotana. Pero no es lógico que ponga interés excesivo en los detalles. Perder fuerzas en nimiedades, demuestra que el corazón se ha puesto en esas cosas. Los detalles en cuestiones de ropa y similares hay que dejarlos en manos de los especialistas, aquellos para los que eso sí que

es su trabajo: sastres, especialistas, expertos del Vaticano. El purpurado debe dejarse guiar por ellos sin perder tiempo en esas cosas. *Nel abito Deo, nei detagli il demonio.*

Somos hombres de Dios. No podemos perder tiempo en cuestiones de ropas. Somos seguidores de un grupo de pescadores, no cortesanos. Tan malo es despreciar la magnificencia externa de la Casa de Dios, como centrarnos demasiado en las cuestiones accidentales. Los dos extremos son viciosos.

Los cardenales no deben buscar quedar bien ante el Papa. El cardenal que anda preocupado por la propia imagen, se ha puesto en el centro a sí mismo en el centro de sus inquietudes. No hay que ser descuidado por la propia imagen, pero no hay que preocuparse por ella.

El orden en el horario de un cardenal es todavía más importante que en el de un obispo. Un cardenal agobiado no da gloria a Dios. Si estás agobiado, es por falta de orden. Recuérdalo, nunca es el trabajo lo que agobia, es la falta de paz al realizarlo. No es el trabajo el que agobia sino la tensión con que se haga.

No importa el trabajo que tengas, nunca debes sentirte ni acelerado, ni presionado. Debes disfrutar con tu trabajo. El trabajo tiene que ser una fuente de satisfacción, de felicidad. Estás haciendo en la vida, lo que has deseado hacer. Nadie te ha obligado, así que disfruta de él.

Debes reservar un tiempo para Dios: oración mental, lectura de la Biblia, tiempo ante el Santísimo Sacramento. Si escatimas ese tiempo a Jesús, créeme: hasta los niños te adelantarán en el conocimiento de Dios y en la luz que tendrán en su corazón. La gente percibirá que eres un hombre como los demás, con sus mismas debilidades, impaciencias y defectos. Y peor todavía si descubren no que eres un hombre como los demás, sino un pobre hombre. La gente no te lo dirá, pero se darán cuenta perfectamente.

Imagina lo triste que sería ver a un cardenal que se enfada, que se impacienta, que exige, que murmura, que quiere que le traten bien, que considera que se le deben ciertas exquisiteces en el trato. En definitiva, qué pena daría ver a un cardenal que hubiese perdido su camino. Un pobre hombre en medio de los honores.

Por pobre hombre que seas, por digno de lástima que te muestres en tu falta de clase, de valor humano, no te preocupes porque los que te rodean te seguirán elogiando como siempre, con todas sus fuerzas, con todo su entusiasmo. Si algo no le faltará nunca a un cardenal, serán los elogios de los laicos que le rodeen.

Créeme, uno puede ser un pobre hombre, sin valor alguno como ser humano, y seguir ascendiendo en los puestos eclesiásticos. Nunca consideres tu puesto como prueba de nada.

He conocido a eclesiásticos zafios, egoístas, insoportables, que se hacían esta reflexión: *Si yo no tuviera algo, no seguiría ascendiendo. Debo poseer cualidades excepcionales, que en mi humildad no percibo.*

Eso sí, si Dios concede una larga vida a un purpurado, uno podrá tener la oportunidad, ya retirado, de verse olvidado. Las enfermedades no hacen distinciones con los cardenales. También eso es una enseñanza de Dios, una enseñanza que lleva a la humildad.

Prepara bien tus sermones. Muchos grandes eclesiásticos no preparan sus sermones porque piensan: *he dado miles de sermones, de mi mente puedo sacar material para el resto de mi vida*. Si haces así, te repetirás, siempre te repetirás, y dirás las mismas obviedades que todo el mundo ha escuchado mil veces. La gente espera de la más alta jerarquía de la Iglesia que su boca sea un pozo de sabiduría. Por favor, prepara concienzudamente tus sermones. He visto tantas veces a altos prelados dar por supuesto que ellos no necesitaban ya preparar los sermones.

En el colegio romano donde yo vivía, venían los cardenales a predicar en fechas muy señaladas. Al acabar la misa, todos les daban los parabienes. Qué gran sermón. Pero después, en la cena, con breves palabras los presbíteros hacían comentarios que, aunque llenos de caridad, reflejaban una realidad acerca del predicador: *no ha dicho nada nuevo*. Y eso que el cardenal en cuestión, escuchando los elogios al acabar, casi sin poder disimular una sonrisa de satisfacción, podría haber dicho: *Yo, cuando predico, improviso*. Y así, de predicación en predicación, uno cree que va de victoria en victoria. Qué impagable es tener cerca de uno mismo a alguien que te diga la verdad, con crueldad, la verdad sin diplomacia. O se nos dicen las cosas sin diplomacia, o si no nos enteramos. Somos así de crédulos respecto a la alabanza. Somos los últimos en sospechar nuestros defectos. Todos se dan cuenta antes que nosotros.

Todo cardenal debería tener una persona cuya función consistiese en decirle todo lo malo que viera de él en cualquier campo. Eminencia, cuando come, hace en ocasiones ruido al tomar la sopa. Eminencia, cuando estamos varios reunidos, sólo habla usted. Eminencia, llega tarde a los sitios, hace esperar a las visitas, cada vez se enfada más, tiene un alto concepto de sí mismo, se acuesta cada día a una hora distinta. Eminencia, su amor a Dios se ha enfriado.

Los fieles y el clero esperan mucho de la predicación de un purpurado. La *lectio* es la fuente de donde se sacan materiales para erigir esas bellas construcciones que son las homilías.

Qué importante es la lectura orante. La lectura de libros espirituales, de clásicos, de los Padres de la Iglesia, de los santos. Recuerda lo que dice el rey profeta: *Con conocimiento se llenan las estancias de objetos valiosos y confortables* (Prov 24, 4). Llena tu alma de esos tesoros. Que no sólo son valiosos, sino que harán tu vida más llena del placer de hacer la voluntad de Dios.

Y recuerda, cardenal, lo que dice el rey Salomón en el versículo siguiente: *Más vale sabio que fuerte* (Prov 24, 5). Es decir, más vale la sabiduría de Dios que anide en tu alma, que no toda tu inteligencia, tus estudios, tu supuesto saber gobernar.

El metal del anillo y de la cruz pectoral simboliza la perdurabilidad, la permanencia. La piedra del anillo, simboliza que cada apóstol es una piedra de la Iglesia, una piedra bella y dura.

Nunca jamás hay que humillar a un clérigo delante de otro clérigo o de un fiel presente; jamás. Las correcciones se hacen en privado.

Ten mucho cuidado cuando riñas a alguien. No sea que cuando te presentes ante el Juez Inapelable, llores viendo que lo que creías que era celo, no era más que mal genio.

Recuerda cuando eras un simple sacerdote, cuántas veces observaste que un obispo reñía duramente a un presbítero, y sabías que era el presbítero el que tenía razón. Cuántas veces, durante los años de tu vida, has comprobado que era el superior el que se equivocaba. ¿Por qué

ahora piensas que siempre eres tú el que no te equivocas? Te lo repito, ten mucho cuidado cuando corrijas a alguien. Y si el asunto es indudable, hazlo con toda la caridad y tacto que te sea posible. Recuerda que son seres humanos que han entregado su vida al servicio de Cristo, que están trabajando no por dinero, sino por pura generosidad.

Repasa la vida de los santos, cuántas veces un cardenal les hizo la vida imposible. Ahora no es de forma diversa, ni mucho menos. Los prelados deben ser escrupulosos a la hora de juzgar. Pues resulta más frecuente de lo que uno piensa, atacar al que sólo busca hacer la voluntad de Dios, aplastar los frutos del Espíritu. Juzgar, prohibir, cerrar caminos, son cosas que hay que hacer tras mucha reflexión. Si te equivocas, tú darás cuenta ante Dios.

Nadie como vosotros, los purpurados, tenéis la tentación de ver al Papa de un modo humano.

Debéis esforzaros en ver el cónclave no sólo como una reunión para el diálogo con los hermanos, sino también como una reunión de oración. Se trata de una reunión de carácter sagrado.

Si siempre hay que orar, durante un cónclave el tiempo de oración es aún más necesario. Busca tu tiempo para estar delante del sagrario, para leer la Biblia. En cierto modo, busca aislarte un poco. Trata de vivir recogido esos días.

Escucha, vive en la presencia de Dios, recita jaculatorias, y cuando hables, hazlo como lo haría un Padre de la Iglesia, como lo haría uno de los obispos de los primeros siglos, con la mente de aquellos venerables patriarcas.

El cónclave no debe suponer la menor tensión para ti. Debes estar allí con una perfecta quietud de ánimo. Quizá el verbo clave sea “estar”. Un *estar* orante, en paz, tranquilo, escuchando, dejando que Dios actúe.

La tensión, las prisas, los enfados, provienen de pensar que lo que importan son las fuerzas humanas.

Tendrás muchas oportunidades para orar en la Capilla Sixtina mientras proceden las votaciones. No te quedes allí simplemente pasando el tiempo, al menos, mantén la presencia de Dios.

Un cónclave es como un pequeño concilio en medio de un retiro espiritual.

Es un error pensar que no importa lo que se haga en el cónclave, puesto que al final el resultado es la voluntad de Dios. Es cierto que el resultado será la voluntad de Dios, pero esta voluntad puede significar que ésa era la persona que Dios quería que saliera elegido, o que simplemente lo permite. Por eso no es indiferente lo que se haga en un cónclave. Pero una vez que tú hayas hecho lo que debes, déjalo todo en las manos de Dios. Tu parte hazla bien, y después descansa en Dios.

Recuerda que la tradición es escoger al Sucesor de Pedro de un modo colegial. Es decir, no se trata de imponer, ni de vencer, ni de prevalecer, ni de derrotar. Se trata de hablar entre todos y pedir la iluminación divina, para que, en buena armonía, se encuentre un nombre alrededor del cual exista un amplio acuerdo.

Colegialidad, no bandos. Armonía, no enfrentamiento. Escucha, no empecinamiento. El Espíritu Santo está en medio de la reunión de los sucesores de los Apóstoles. El Paráclito tiene su candidato. Hay que escuchar al Espíritu. Se trata de escucharle a Él. Dios hablará a través de los hermanos si uno trata de escuchar su voz. Y hablará no a través de modos extraordinarios, sino a través de las razones, del diálogo, de la exposición de argumentos a favor y en contra.

El que salga elegido de un cónclave, ése es el Sucesor de Pedro. Pero eso no significa que él sea el mejor, eso no significa que él hubiera sido el más adecuado para ese puesto. Si los cardenales fueran todos santos, si estuvieran todos llenos del Espíritu Santo, un cónclave designaría al Elegido de Dios, al hombre que Jesús desea que guíe a sus hermanos. Pero en la medida en que los cardenales tengan más defectos, en la medida en que no escuchen la voz del Espíritu, en la medida en que sus criterios sean de este mundo, en esa medida el elegido será menos adecuado. Será Sucesor de Pedro, sí, pero no el que Dios hubiera preferido.

Un cónclave tiene repercusiones para todo el Cuerpo Místico. Por eso no hay que tener prisa. Un cónclave tiene que durar, lo que en cada caso se vea conveniente. Es algo tan importante para la vida de la Iglesia, que no hay que tener sensación de urgencia.

Recuerda a la hora de votar, que lo que Dios quiere no son hombres simpáticos, muy humanos, comprensivos, o sabios según el mundo. Sino que Dios quiere hombres transformados por el Espíritu Santo. Hombres que sean morada de Dios. Hombres que realizan las obras del Altísimo como Él quiere. Existe la tendencia humana de que las simpatías se inclinen por aquellos hombres que parecen más agradables, pero no a los que se han dejado transformar más por Dios. Dios lo permite, pero no es que desearía. Dios calla, pero en el Cielo se verá lo que hubiera sido la Iglesia si desde el principio se hubieran hecho las cosas de un modo perfecto.

Conviene votar por candidatos que cuenten entre cincuenta y sesenta años, pues un Papa es una figura paternal, y no se puede estar cambiando de padre cada diez años. Un Romano Pontífice es un pastor, y un pastor requiere de tiempo para conocer a sus ovejas, y que sus ovejas le conozcan. Cualquier plan de reforma que se quiera hacer que sea un poco ambicioso, requiere de tiempo. Lo ideal sería que los Papas no estuvieran menos de unos veinte años ejerciendo sus funciones. Sólo cuando un Obispo de Roma lleva mucho tiempo en el puesto, es cuando de un modo natural, comienza a ser visto como padre.

Los Papas no deben dimitir, salvo por razones muy graves. Sería una pésima costumbre que al llegar a cierta edad se impusiera la costumbre de dimitir. Pues eso fomentaría las presiones del mundo sobre el papado. El Papa, aun muy anciano y aun no pudiendo ni salir de sus aposentos, debe ser visto como un patriarca, al modo de los patriarcas Abraham, Isaac o Jacob, debe ser percibido como el padre de una gran familia. No como el director de una gran organización. Un padre no dimite. Es padre por enfermo y debilitado que esté. Su mera presencia débil, aunque apenas pudiera andar o hablar, es el recuerdo de que la Iglesia no es una multinacional, no es una empresa. En la Iglesia no prima la efectividad. Cuando hablamos del Santo Padre, estamos hablando de una figura sagrada, venerable, aunque no pudiera ejercer el gobierno efectivo de la Iglesia en la última etapa de su vida.

Aun poniendo un caso extremo, como el caso de un Papa que no hablara en los últimos dos años de su vida, que estuviera ciego, siempre en cama, totalmente debilitado, los cardenales deberían acercarse a él como los hijos de Isaac cuando se aproximaban a su venerable padre. No deberían pensar que eso no puede continuar así y que hay que hacer algo. Por el contrario, hay que hacerse conscientes de que una realidad de ese tipo, supone una verdadera predicación para

ellos y para el mundo. Que los purpurados se arremolinaran alrededor de su lecho para visitarlo, constituiría una escena entrañable. Si algún día, una situación así se diera en la Iglesia, nadie debe intentar cambiar las cosas con criterios seculares. Incluso un Papa que perdiera sus facultades mentales, sería Papa. Hay cosas que sólo Dios puede cambiar. Los hijos no pueden destituir a un padre.

Vosotros, cardenales, tenéis un encargo sobre toda la Iglesia. Si grande es la responsabilidad de un párroco que tiene un encargo sobre su grey, cuánto más noble y magna es esta responsabilidad cardenalicia.

Ay de ti si cada vez piensas más en tus derechos, en el honor que se te debe.

Ay de ti si te detienes a pensar, aunque sea brevemente, que tal o cual cardenal no contaba con tantos méritos como tú para tal o cual puesto. Esos pensamientos vendrán a tu mente, pero no consientas en ellos, ni con brevedad. Mancharán tus pensamientos no sólo en ese momento por breve que sea, sino en días posteriores. Dejarán una mancha, una sensación de amargura, que después no es tan fácil sacarla.

Ay de ti si piensas que sabes mucho. Ay de ti si piensas que estás ornado de cualidades superiores a los demás: considera a los demás como superiores y más dotados de cualidades.

Sé humilde. Trata a todos por igual. Tu agenda está muy ocupada y eso provoca que tengas poco tiempo, pero eso no significa que tengas que maltratar a la gente. Jesús atendía a los que podía, pero a todos con verdadero cariño.

Creas que haces mucho bien a la Iglesia, pero ese bien que haces está en relación a tu nivel de oración y vida ascética. Lo demás es sólo obra humana. Haces tanto bien a la Iglesia, tanta cuanto sea tu vida espiritual. Tu vida espiritual es tan intensa cuanto intensa sea tu vida de oración y ascética.







[www.fortea.ws](http://www.fortea.ws)



José Antonio Fortea Cucurull, nacido en Barbastro, España, en 1968, es sacerdote y teólogo especializado en demonología.



Cursó sus estudios de Teología para el sacerdocio en la Universidad de Navarra. Se licenció en la especialidad de Historia de la Iglesia en la Facultad de Teología de Comillas.



Pertenece al presbiterio de la diócesis de Alcalá de Henares (Madrid). En 1998 defendió su tesis de licenciatura *El exorcismo en la época actual*, dirigida por el secretario de la Comisión para la Doctrina de la Fe de la Conferencia Episcopal Española.



Actualmente vive en Roma, donde realiza su doctorado en Teología, dedicado a su tesis sobre el tema de los problemas teológico-ecclesiológicos de la práctica del exorcismo.



Ha escrito distintos títulos sobre el tema del demonio, la posesión y el exorcismo. Su obra abarca otros campos de la Teología, así como la Historia y la literatura. Sus títulos han sido publicados en cinco lenguas y más de nueve países.

